



Honoré de Balzac

La Casa
Nucingen



Honoré de Balzac

La Casa
Nucingen

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CASA NUCINGEN

HONORÉ DE BALZAC

PUBLICADO: 1837

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: A. HOUSSIAUX, PARÍS, 1855

LA CASA NUCINGEN

A LA SEÑORA ZULMA CARAUD.

¿No es a usted, señora, cuya alta e íntegra inteligencia es como un tesoro para sus amigos, a usted que es a la vez para mí todo un público y la más indulgente de las hermanas, a quien debo dedicar esta obra? Dígnese aceptarla como testimonio de una amistad de la que me siento orgulloso. Usted y algunas almas, bellas como la suya, comprenderán mi pensamiento al leer *La casa Nucingen* unida a *César Birotteau*. En este contraste, ¿no hay acaso toda una enseñanza social?

De Balzac.

Saben ustedes cuán delgados son los tabiques que separan los reservados en los restaurantes más elegantes de París. En casa de Véry, por ejemplo, el salón más grande está cortado en dos por un tabique que se quita y se pone a voluntad. La escena no tuvo lugar allí, sino en un buen sitio que no me conviene nombrar. Éramos dos, así que diré, como el Prud'homme de Henri Monnier: «No quisiera comprometerla». Acariciábamos los manjares de una cena exquisita por muchos motivos, en un pequeño reservado donde hablábamos en voz baja, tras haber reconocido el poco grosor del tabique. Habíamos llegado al momento del asado sin haber tenido vecinos en

la pieza contigua a la nuestra, donde no oíamos más que los chisporroteos del fuego. Dieron las ocho, se produjo un gran ruido de pasos, hubo intercambio de palabras y los camareros trajeron velas. Se nos demostró que el salón vecino estaba ocupado. Al reconocer las voces, supe con qué personajes nos las teníamos que ver.

Eran cuatro de los más audaces cormoranes nacidos en la espuma que corona las olas incesantemente renovadas de la generación actual; amables muchachos cuya existencia es problemática, a quienes no se les conoce ni rentas ni propiedades, y que viven bien. Estos ingeniosos *condottieri* de la Industria moderna, convertida en la más cruel de las guerras, dejan las inquietudes a sus acreedores, guardan los placeres para ellos y no tienen más preocupación que su vestimenta. Por lo demás, valientes para fumar, como Jean Bart, su cigarro sobre un barril de pólvora, tal vez para no faltar a su papel; más burlones que los periódicos satíricos, burlones hasta reírse de sí mismos; perspicaces e incrédulos, hurones de los negocios, ávidos y pródigos, envidiosos del prójimo, pero contentos de sí mismos; profundos políticos por ocurrencias, analizándolo todo, adivinándolo todo, aún no habían podido abrirse paso en el mundo donde quisieran lucirse.

Solo uno de los cuatro ha llegado, pero apenas al pie de la escalera. No es nada tener dinero, y un advenedizo no sabe todo lo que le falta hasta después de seis meses de adulaciones. Poco hablador, frío, estirado, sin ingenio, este advenedizo llamado Andoche Finot, ha tenido el estómago de ponerse boca abajo ante quienes podían servirle, y la astucia de ser insolente con aquellos a los que ya no necesitaba. Semejante a uno de los grotescos del ballet de *Gustave*, es marqués por detrás y villano por delante. Este prelado industrial mantiene a un corifeo, Émile Blondet, redactor de periódicos, hombre de mucho ingenio, pero inconstante, brillante, capaz, perezoso, que se sabe explotado y se deja llevar, pérfido, como es bueno, por caprichos; uno de esos hombres a los que se ama y a los que no se estima. Astuto como una camarera de comedia, incapaz de negar su pluma a quien se la pide, ni su

corazón a quien se lo toma prestado, Émile es el más seductor de esos hombres-mujerzuela de quienes el más fantasioso de nuestros hombres de ingenio ha dicho: «Los prefiero con zapatos de raso que con botas».

El tercero, llamado Couture, se mantiene por la Especulación. Empalma negocio tras negocio; el éxito de uno cubre el fracaso del otro. Así vive a flor de agua, sostenido por la fuerza nerviosa de su juego, por una audacia rígida y atrevida. Nada de aquí para allá, buscando en el inmenso mar de los intereses parisinos un islote bastante discutible para poder alojarse en él. Evidentemente, no está en su sitio. En cuanto al último, el más malicioso de los cuatro, su nombre bastará: ¡Bixiou! ¡Ay!, ya no es el Bixiou de 1825, sino el de 1836, el misántropo bufón a quien se le conoce la mayor verba y mordacidad, un diablo rabioso por haber gastado tanto ingenio en pura pérdida, furioso por no haber recogido sus restos en la última revolución, dando su puntapié a cada uno como un verdadero Pierrot de los Funámbulos, conociendo su época y las aventuras escandalosas al dedillo, adornándolas con sus invenciones burlescas, saltando sobre todos los hombros como un payaso, y tratando de dejar en ellos una marca a la manera del verdugo.

Tras haber satisfecho las primeras exigencias de la gula, nuestros vecinos llegaron al punto en que estábamos nosotros en nuestra cena, al postre; y, gracias a nuestra silenciosa actitud, se creyeron solos. Entre el humo de los cigarros, con la ayuda del vino de Champaña, a través de los entretenimientos gastronómicos del postre, se entabló pues una íntima conversación. Impregnada de ese espíritu glacial que entumece los sentimientos más elásticos, detiene las inspiraciones más generosas y da a la risa algo de agudo, esta charla llena de la acre ironía que cambia la alegría en risa sarcástica, acusó el agotamiento de almas entregadas a sí mismas, sin otro fin que la satisfacción del egoísmo, fruto de la paz en que vivimos.

Ese panfleto contra el hombre que Diderot no se atrevió a publicar, *El sobrino de Rameau*; ese libro, desaliñado a propósito para mostrar las llagas, es el único comparable a este panfleto dicho

sin ninguna segunda intención, donde la palabra no respetó siquiera lo que el pensador discute todavía, donde no se construyó más que con ruinas, donde se negó todo, donde no se admiró más que lo que el escepticismo adopta: la omnipotencia, la omnisciencia, la omniconveniencia del dinero. Después de haber disparado en el círculo de las personas conocidas, la Maledicencia se puso a fusilar a los amigos íntimos. Un signo bastó para explicar el deseo que yo tenía de quedarme y escuchar en el momento en que Bixiou tomó la palabra, como se va a ver. Oímos entonces una de esas terribles improvisaciones que valen a este artista su reputación ante algunos espíritus hastiados; y, aunque a menudo interrumpida, retomada una y otra vez, fue taquigrafiada por mi memoria. Opiniones y forma, todo en ella está fuera de las condiciones literarias. Pero es lo que fue: un popurrí de cosas siniestras que pinta nuestro tiempo, al cual no se deberían contar más que historias semejantes, y de las que dejo por lo demás la responsabilidad al narrador principal. La pantomima, los gestos, en consonancia con los frecuentes cambios de voz con los que Bixiou pintaba a los interlocutores puestos en escena, debían ser perfectos, pues sus tres oyentes dejaban escapar exclamaciones de aprobación e interjecciones de contento.

—¿Y Rastignac te ha rechazado? —dijo Blondet a Finot.

—De plano.

—¿Pero lo has amenazado con los periódicos? —preguntó Bixiou.

—Se echó a reír —respondió Finot.

—Rastignac es el heredero directo del difunto de Marsay; hará su camino en la política como en el mundo —dijo Blondet.

—Pero ¿cómo ha hecho su fortuna? —preguntó Couture—. En 1819 estaba con el ilustre Bianchon en una miserable pensión del Barrio Latino; su familia comía abejorros asados y bebía el vino de la tierra para poder enviarle cien francos al mes; la propiedad de su padre no valía mil escudos; tenía dos hermanas y un hermano a su cargo, y ahora...

—Ahora tiene cuarenta mil libras de renta —repuso Finot—; cada una de sus hermanas ha sido ricamente dotada, noblemente casada, y él ha dejado el usufructo de la propiedad a su madre...

—En 1827 —dijo Blondet—, todavía lo vi sin un céntimo.

—¡Oh! En 1827 —dijo Bixiou.

—¡Pues bien! —repuso Finot—, ¡hoy lo vemos en camino de ser ministro, par de Francia y todo lo que quiera ser! Hace tres años terminó convenientemente con Delphine, no se casará más que con buenas garantías, ¡y puede desposar a una chica noble, él! El muchacho ha tenido el buen juicio de arrimarse a una mujer rica.

—Amigos míos, tenedle en cuenta las circunstancias atenuantes —dijo Blondet—; cayó en las garras de un hombre hábil al salir de las garras de la miseria.

—Conoces bien a Nucingen —dijo Bixiou—; en los primeros tiempos, Delphine y Rastignac lo encontraban bueno; una mujer parecía ser, para él, en su casa, un juguete, un adorno. Y he aquí lo que, para mí, hace a este hombre cuadrado tanto de base como de altura: Nucingen no se esconde para decir que su mujer es la representación de su fortuna, una cosa indispensable, pero secundaria en la vida a alta presión de los hombres políticos y de los grandes financieros. Ha dicho, delante de mí, que Bonaparte había sido tonto como un burgués en sus primeras relaciones con Josefina, y que después de haber tenido el valor de tomarla como un escalón, había sido ridículo al querer hacer de ella una compañera.

—Todo hombre superior debe tener, sobre las mujeres, las opiniones de Oriente —dijo Blondet.

—El barón ha fundido las doctrinas orientales y occidentales en una encantadora doctrina parisina. Tenía horror a de Marsay, que no era manejable, pero Rastignac le gustó mucho y lo explotó sin que Rastignac lo sospechara: le dejó todas las cargas de su hogar. Rastignac endosó todos los caprichos de Delphine, la llevaba al bosque, la acompañaba al teatro. Este gran pequeño hombre político de hoy pasó mucho tiempo su vida leyendo y escribiendo bonitas

esquelas. Al principio, a Eugène se le regañaba por naderías, se alegraba con Delphine cuando ella estaba alegre, se entristecía cuando ella estaba triste, soportaba el peso de sus jaquecas, de sus confidencias, le daba todo su tiempo, sus horas, su preciosa juventud para llenar el vacío de la ociosidad de esta parisina. Delphine y él celebraban grandes consejos sobre los adornos que mejor le sentaban, él aguantaba el fuego de las iras y la andanada de los arrebatos; mientras que, por compensación, ella se ponía encantadora para el barón. El barón se reía para sus adentros; luego, cuando veía a Rastignac doblándose bajo el peso de sus cargas, hacía como que sospechaba algo, y unía a los dos amantes mediante un miedo común.

—Concibo que una mujer rica haya hecho vivir y vivir honorablemente a Rastignac; pero ¿de dónde ha sacado su fortuna? —preguntó Couture—. Una fortuna tan considerable como la suya hoy, se saca de alguna parte, ¿y nadie lo ha acusado nunca de haber inventado un buen negocio?

—Heredó —dijo Finot.

—¿De quién? —dijo Blondet.

—De los tontos que se ha encontrado —repuso Couture.

—No se lo ha llevado todo, mis pequeños amores —dijo Bixiou—:
Recuperaos de una alarma tan cálida;

Vivimos en un tiempo muy amigo del fraude.

Voy a contaros el origen de su fortuna. Ante todo, ¡homenaje al talento! Nuestro amigo no es un muchacho cualquiera, como dice Finot, sino un *gentleman* que sabe jugar, que conoce las cartas y a quien la galería respeta. Rastignac tiene todo el ingenio que hay que tener en un momento dado, como un militar que no invierte su valor más que a noventa días, tres firmas y garantías. Parecerá cortante, aturullado, sin ilación en las ideas, sin constancia en sus proyectos, sin opinión fija; pero si se presenta un negocio serio, una combinación que seguir, no se dispersará, ¡como Blondet que está

ahí! y que discute entonces por cuenta del vecino; Rastignac se concentra, se recoge, estudia el punto donde hay que cargar, y carga a fondo. Con el valor de Murat, rompe los cuadros, a los accionistas, a los fundadores y a toda la tienda; cuando la carga ha hecho su brecha, vuelve a su vida muelle y despreocupada, vuelve a ser el hombre del sur, el voluptuoso, el conversador de naderías, el desocupado Rastignac, que puede levantarse a mediodía porque no se ha acostado en el momento de la crisis.

—Eso está muy bien, pero llega de una vez a su fortuna —dijo Finot.

—Bixiou no nos hará más que una caricatura —repuso Blondet—. La fortuna de Rastignac es Delphine de Nucingen, mujer notable, y que une la audacia a la previsión.

—¿Te ha prestado dinero? —preguntó Bixiou.

Estalló una risa general.

—Os equivocáis con ella —dijo Couture a Blondet—; su ingenio consiste en decir palabras más o menos picantes, en amar a Rastignac con una fidelidad molesta, en obedecerle ciegamente; una mujer totalmente italiana.

—Dinero aparte —dijo agriamente Andoche Finot.

—Vamos, vamos —repuso Bixiou con voz melosa—, después de lo que acabamos de decir, ¿os atrevéis todavía a reprochar a este pobre Rastignac haber vivido a expensas de la casa Nucingen, haber sido puesto en su casa ni más ni menos que la Torpille antaño por nuestro amigo des Lupeaulx? Caeríais en la vulgaridad de la rue Saint-Denis. Primero, abstractamente hablando, como dice Royer-Collard, la cuestión puede sostener la crítica de la razón pura; en cuanto a la de la razón impura...

—¡Ya se ha lanzado! —dijo Finot a Blondet.

—Pero —exclamó Blondet— tiene razón. La cuestión es muy antigua, fue el gran tema del famoso duelo a muerte entre La Châteigneraie y Jarnac. Jarnac estaba acusado de estar en buenos

términos con su suegra, que sufragaba el fausto del demasiado amado yerno. Cuando un hecho es tan cierto, no debe decirse. Por devoción al rey Enrique II, que se había permitido esta maledicencia, La Châteigneraie la tomó por su cuenta; de ahí ese duelo que ha enriquecido la lengua francesa con la expresión: *coup de Jarnac* (golpe de Jarnac).

—¡Ah! La expresión viene de tan lejos, entonces es noble —dijo Finot.

—Podías ignorar eso en tu calidad de antiguo propietario de periódicos y revistas —dijo Blondet.

—Hay mujeres —repuso gravemente Bixiou—, hay también hombres que pueden escindir su existencia, y no dar más que una parte (observad que os fraseo mi opinión según la fórmula humanitaria). Para estas personas, todo interés material está fuera de los sentimientos; dan su vida, su tiempo, su honor a una mujer, y encuentran que no es correcto malgastar entre sí papel de seda donde se graba: *La ley castiga con la muerte al falsificador*. Por reciprocidad, esta gente no acepta nada de una mujer. Sí, todo se vuelve deshonoroso si hay fusión de intereses como hay fusión de almas. Esta doctrina se profesa, pero se aplica raramente...

—¡Bah! —dijo Blondet—, ¡qué naderías! El mariscal de Richelieu, que entendía de galantería, asignó una pensión de mil lises a la señora de La Popelinière, tras la aventura de la placa de chimenea. Agnès Sorel aportó muy ingenuamente al rey Carlos VII su fortuna, y el rey la tomó. Jacques Cœur mantuvo a la corona de Francia, que se dejó hacer, y fue ingrata como una mujer.

—Señores —dijo Bixiou—, el amor que no conlleva una indisoluble amistad me parece un libertinaje momentáneo. ¿Qué es un abandono entero donde uno se reserva algo? Entre estas dos doctrinas, tan opuestas y tan profundamente inmorales la una como la otra, no hay conciliación posible. En mi opinión, la gente que teme una relación completa tiene sin duda la creencia de que puede terminar, ¡y adiós a la ilusión! La pasión que no se cree eterna es

horrible. (Esto es Fénelon puro). Así, aquellos para quienes el mundo es conocido, los observadores, la gente decente, los hombres bien enguantados y bien encorbatados, que no se ruborizan por casarse con una mujer por su fortuna, proclaman como indispensable una completa escisión de intereses y de sentimientos. Los otros son locos que aman, ¡que se creen solos en el mundo con su amante! Para ellos, los millones son barro; ¡el guante, la camelia llevada por el ídolo vale millones! Si nunca encontráis en su casa el vil metal disipado, ¡encontráis restos de flores escondidos en bonitas cajas de cedro! Ya no se distinguen el uno del otro. Para ellos, ya no existe el *yo*. Tú, he ahí su Verbo encarnado. ¿Qué queréis? ¿Impediréis esta enfermedad secreta del corazón? Hay necios que aman sin ninguna especie de cálculo, y hay sabios que calculan amando.

—Bixiou me parece sublime —exclamó Blondet—. ¿Qué dice Finot?

—En cualquier otro lugar —respondió Finot posando en su corbata—, diría como los *gentlemen*; pero aquí pienso...

—Como los infames malos sujetos con los que tienes el honor de estar —repuso Bixiou.

—A fe mía, sí —dijo Finot.

—¿Y tú? —dijo Bixiou a Couture.

—Tonterías —exclamó Couture—. Una mujer que no hace de su cuerpo un escalón para hacer llegar a la meta al hombre que ella distingue, es una mujer que no tiene corazón más que para ella.

—¿Y tú, Blondet?

—Yo, yo practico.

—¡Pues bien! —repuso Bixiou con su voz más mordaz—, Rastignac no era de vuestra opinión. Tomar y no devolver es horrible e incluso un poco ligero; pero tomar para tener el derecho de imitar al señor, devolviendo el céntuplo, es un acto caballeresco. Así pensaba Rastignac. Rastignac estaba profundamente humillado por su comunidad de intereses con Delphine de Nucingen; puedo hablar de sus lamentos, lo he visto con lágrimas en los ojos deplorando su

posición. ¡Sí, lloraba verdaderamente por ello!... después de cenar. ¡Pues bien!, según vosotros...

—¡Ah! Vamos, te estás burlando de nosotros —dijo Finot.

—Ni lo más mínimo. Se trata de Rastignac, cuyo dolor sería según vosotros una prueba de su corrupción, ipues entonces amaba mucho menos a Delphine! Pero ¿qué queréis? El pobre muchacho tenía esa espina en el corazón. Es un gentilhombre profundamente depravado, ya veis, y nosotros somos virtuosos artistas. Así pues, Rastignac quería enriquecer a Delphine, ¡él pobre, ella rica! ¿Lo creeréis?... lo ha conseguido. Rastignac, que se habría batido como Jarnac, pasó desde entonces a la opinión de Enrique II, en virtud de su gran frase: *No hay virtud absoluta, sino circunstancias*. Esto pertenece a la historia de su fortuna.

—Deberías empezarnos tu cuento en lugar de inducirnos a calumniarnos a nosotros mismos —dijo Blondet con una graciosa bonhomía.

—¡Ja, ja! Mi pequeño —le dijo Bixiou dándole el bautismo de un golpecito en el occipucio—, te recuperas con el vino de Champaña.

—¡Eh!, por el santo nombre del Accionista —dijo Couture—, ¿cuéntanos tu historia?

—Estaba a un paso —repuso Bixiou—; pero con tu juramento, me pones en el desenlace.

—¿Hay entonces accionistas en la historia? —preguntó Finot.

—Riquísimos como los tuyos —respondió Bixiou.

—Me parece —dijo Finot con tono estirado— que debes cierto respeto a un buen chico en quien encuentras en la ocasión un billete de quinientos...

—¡Camarero! —gritó Bixiou.

—¿Qué quieres del camarero? —le dijo Blondet.

—Hacer que devuelva a Finot sus quinientos francos, para liberar mi lengua y romper mi agradecimiento.

—Cuenta tu historia —repuso Finot fingiendo reír.

—¡Sois testigos —dijo Bixiou— de que no pertenezco a este impertinente que cree que mi silencio no vale más que quinientos francos! Nunca serás ministro si no sabes calibrar las conciencias. ¡Pues bien, sí! —dijo con voz zalamera—, mi buen Finot, contaré la historia sin alusiones personales, y estaremos en paz.

—Va a demostrarnos —dijo sonriendo Blondet— que Nucingen ha hecho la fortuna de Rastignac.

—No estás tan lejos como piensas —repuso Bixiou—. No conocéis lo que es Nucingen, financieramente hablando.

—¿No sabes siquiera —dijo Blondet— una palabra de sus inicios?

—No lo he conocido más que en su casa —dijo Bixiou—, pero podríamos habernos visto antaño en la carretera general.

—La prosperidad de la casa Nucingen es uno de los fenómenos más extraordinarios de nuestra época —repuso Blondet—. En 1804, Nucingen era poco conocido. Los banqueros de entonces habrían temblado de saber en la plaza cien mil escudos de sus letras aceptadas. Este gran financiero siente entonces su inferioridad. ¿Cómo hacerse conocer? Suspende sus pagos. ¡Bien! Su nombre, restringido a Estrasburgo y al barrio Poissonnière, iresuena en todas las plazas! Desinteresa a su gente con valores muertos, y reanuda sus pagos: al instante su papel se acepta en toda Francia. Por una circunstancia inaudita, los valores reviven, retoman favor, dan beneficios. El papel de Nucingen es muy buscado. Llega el año 1815, mi muchacho reúne sus capitales, compra fondos antes de la batalla de Waterloo, suspende sus pagos en el momento de la crisis, iliquida con acciones en las minas de Wortschin que se había procurado al veinte por ciento por debajo del valor al que las emitía él mismo! ¡Sí, señores! Toma de Grandet ciento cincuenta mil botellas de vino de Champaña para cubrirse previendo la quiebra de este virtuoso padre del actual conde de Aubrion, y otras tantas a Duberghe en vinos de Burdeos. Esas trescientas mil botellas aceptadas, aceptadas, mi querido, a treinta sueldos, se las hizo beber a los Aliados, a seis

francos, en el Palais-Royal de 1817 a 1819. El papel de la casa Nucingen y su nombre se vuelven europeos. Este ilustre barón se ha elevado sobre el abismo donde otros se habrían hundido. Dos veces su liquidación ha producido inmensas ventajas a sus acreedores: quiso engañarlos, ¡imposible! Pasa por el hombre más honesto del mundo. A la tercera suspensión, el papel de la casa Nucingen se aceptará en Asia, en México, en Australasia, entre los salvajes. Ouvrard es el único que ha adivinado a este alsaciano, hijo de algún judío convertido por ambición: «Cuando Nucingen suelta su oro —decía—, ¡creed que agarra diamantes!».

—Su compinche du Tillet le iguala bien —dijo Finot—. Pensad pues que du Tillet es un hombre que, en materia de nacimiento, no tiene más que lo que nos es indispensable para existir, y que este muchacho, que no tenía un céntimo en 1814, se ha convertido en lo que veis; pero lo que ninguno de nosotros (no hablo de ti, Couture) ha sabido hacer, él ha tenido amigos en lugar de tener enemigos. En fin, ha ocultado tan bien sus antecedentes, que hubo que registrar alcantarillas para encontrarlo de dependiente en casa de un perfumista de la rue Saint-Honoré, no más tarde de 1814.

—¡Ta, ta, ta! —repuso Bixiou—, no comparéis nunca con Nucingen a un pequeño estafador como du Tillet, un chacal que triunfa por su olfato, que adivina los cadáveres y llega el primero para tener el mejor hueso. Ved por lo demás a estos dos hombres: uno tiene el aspecto agudo de los gatos, es delgado, esbelto; el otro es cúbico, es gordo, es pesado como un saco, inmóvil como un diplomático. Nucingen tiene la mano gruesa y una mirada de lince que nunca se anima; su profundidad no está delante, sino detrás: es impenetrable, nunca se le ve venir, mientras que la finura de du Tillet se parece, como decía Napoleón de no sé quién, a algodón hilado demasiado fino: se rompe.

—No veo en Nucingen otra ventaja sobre du Tillet que tener el sentido común de adivinar que un financiero no debe ser más que barón, mientras que du Tillet quiere hacerse nombrar conde en Italia —dijo Blondet.

—¿Blondet?... una palabra, mi niño —repuso Couture—. Primero Nucingen se ha atrevido a decir que no hay más que apariencias de hombre honesto; luego, para conocerlo bien, hay que estar en los negocios. En su casa, la banca es un departamento muy pequeño: están los suministros del gobierno, los vinos, las lanas, los índigos, en fin, todo lo que da materia a una ganancia cualquiera. Su genio abarca todo. Este elefante de las Finanzas vendería diputados al Ministerio, y griegos a los turcos. Para él el comercio es, diría Cousin, la totalidad de las variedades, la unidad de las especialidades. La Banca considerada así se convierte en toda una política, exige una cabeza potente, y lleva entonces a un hombre bien templado a ponerse por encima de las leyes de la probidad en las que se encuentra estrecho.

—Tienes razón, hijo mío —dijo Blondet—. Pero solo nosotros comprendemos que es entonces la guerra llevada al mundo del dinero. El banquero es un conquistador que sacrifica masas para llegar a resultados ocultos; sus soldados son los intereses de los particulares. Tiene sus estratagemas que combinar, sus emboscadas que tender, sus partidarios que lanzar, sus ciudades que tomar. La mayoría de estos hombres son tan contiguos a la Política, que terminan por mezclarse en ella, y sus fortunas sucumben en ella. La casa Necker se perdió ahí, el famoso Samuel Bernard casi se arruinó ahí. En cada siglo se encuentra un banquero de fortuna colosal que no deja ni fortuna ni sucesor. Los hermanos Pâris, que contribuyeron a derribar a Law, y el propio Law, junto a quienes todos los que inventan Sociedades por acciones son pigmeos, Bouret, Baujon, todos han desaparecido sin hacerse representar por una familia. Como el Tiempo, la Banca devora a sus hijos. Para poder subsistir, el banquero debe volverse noble, fundar una dinastía como los prestamistas de Carlos V, los Fugger, creados príncipes de Babenhausen, y que existen todavía... en el Almanaque de Gotha. La Banca busca la nobleza por instinto de conservación, y sin saberlo tal vez. Jacques Cœur hizo una gran casa noble, la de Noirmoutier, extinguida bajo Luis XIII. ¡Qué energía en este hombre, arruinado

por haber hecho a un rey legítimo! Murió príncipe de una isla del Archipiélago donde construyó una magnífica catedral.

—¡Ah! Si dais Cursos de Historia, nos salimos del tiempo actual donde el trono está destituido del derecho de conferir la nobleza, donde se hacen barones y condes a puerta cerrada, ¡qué pena! —dijo Finot.

—Lamentas el jabón de villano —dijo Bixiou—, tienes razón. Vuelvo a mi tema. ¿Conocéis a Beaudenord? No, no, no. Bien. ¡Ved cómo todo pasa! El pobre muchacho era la flor del dandismo hace diez años. Pero ha sido tan bien absorbido, que no lo conocéis más de lo que Finot conocía hace un momento el origen del golpe de Jarnac (¡es por la frase y no por chincharte por lo que digo esto, Finot!). A decir verdad, pertenecía al faubourg Saint-Germain. ¡Pues bien!, Beaudenord es el primer pichón que voy a poner en escena. Primero, se llamaba Godefroid de Beaudenord. Ni Finot, ni Blondet, ni Couture, ni yo, despreciaremos semejante ventaja. El muchacho no sufría en absoluto en su amor propio al oír llamar a su gente a la salida de un baile, cuando treinta mujeres bonitas encapuchadas y flanqueadas por sus maridos y sus adoradores esperaban sus coches. Luego gozaba de todos los miembros que Dios ha dado al hombre: sano y entero, ni catarata en un ojo, ni postizo falso, ni pantorrillas falsas; sus piernas no se metían hacia dentro, ni se salían hacia fuera; rodillas sin hinchazón, espina dorsal recta, talle delgado, mano blanca y bonita, cabellos negros; tez ni rosa como la de un mozo de tienda, ni demasiado morena como la de un calabrés. En fin, ¡cosa esencial!, Beaudenord no era demasiado guapo, como lo son esos amigos nuestros que parecen hacer profesión de su belleza, de no tener otra cosa; pero no volvamos sobre eso, ya lo hemos dicho, ¡es infame! Tiraba bien con pistola, montaba muy agradablemente a caballo; se había batido por una nadería, y no había matado a su adversario. ¿Sabéis que para dar a conocer de qué se compone una felicidad entera, pura, sin mezcla, en el siglo diecinueve, en París, y una felicidad de joven de veintiséis años, hay que entrar en las cosas infinitamente pequeñas de la vida? El zapatero había captado el pie de Beaudenord y lo calzaba bien, a

su sastre le gustaba vestirlo. Godefroid no gangueaba, no tenía acento gascón ni normando, hablaba pura y correctamente, y se ponía muy bien la corbata, como Finot. Primo político del marqués de Aiglemont, su tutor (iera huérfano de padre y madre, otra suerte!), podía ir e iba a casa de los banqueros, sin que el faubourg Saint-Germain le reprochara frecuentarlos, pues afortunadamente un joven tiene el derecho de hacer del placer su única ley, de correr donde uno se divierte, y de huir de los rincones oscuros donde florece la pena. En fin, había sido vacunado (tú me entiendes, Blondet). A pesar de todas estas virtudes, habría podido encontrarse muy desgraciado. ¡Je, je! La felicidad tiene la desgracia de parecer significar algo absoluto; apariencia que induce a tantos necios a preguntar: «¿Qué es la felicidad?». Una mujer de mucho ingenio decía: «La felicidad está donde uno la pone».

—Proclamaba una triste verdad —dijo Blondet.

—Y moral —añadió Finot.

—¡Archimoral! La felicidad, como la virtud, como el mal, expresan algo relativo —respondió Blondet—. Así La Fontaine esperaba que, con el paso del tiempo, los condenados se habituarían a su posición, y acabarían por estar en el infierno como los peces en el agua.

—¡Los tenderos conocen todas las frases de La Fontaine! —dijo Bixiou.

—La felicidad de un hombre de veintiséis años que vive en París no es la felicidad de un hombre de veintiséis años que vive en Blois —dijo Blondet, sin oír la interrupción—. Los que parten de ahí para despotricar contra la inestabilidad de las opiniones son unos bribones o unos ignorantes. La medicina moderna, cuyo más bello título de gloria es haber pasado, de 1799 a 1837, del estado conjetural al estado de ciencia positiva, y ello por la influencia de la gran Escuela analítica de París, ha demostrado que, en un cierto periodo, el hombre se ha renovado completamente...

—A la manera del cuchillo de Jeannot, y vosotros lo creéis siempre el mismo —repuso Bixiou—. Hay pues varios rombos en este traje de

Arlequín que llamamos la felicidad, ¡pues bien!, el traje de mi Godefroid no tenía ni agujeros ni manchas. Un joven de veintiséis años, que fuera feliz en el amor, es decir amado, no a causa de su floreciente juventud, no por su ingenio, no por su figura, sino irresistiblemente, ni siquiera a causa del amor en sí mismo, sino aun cuando este amor fuera abstracto, para volver a la frase de Royer-Collard, este susodicho joven podría muy bien no tener un céntimo en la bolsa que el objeto amante le hubiera bordado, podría deber su alquiler a su casero, sus botas a ese zapatero ya nombrado, sus trajes al sastre que acabaría, como Francia, por desafeccionarse. En fin, ¡podría ser pobre! La miseria estropea la felicidad del joven que no tiene nuestras opiniones trascendentes sobre la fusión de intereses. No sé nada más fatigoso que ser moralmente muy feliz y materialmente muy desgraciado. ¿No es tener una pierna helada como la mía por la corriente de aire de la puerta, y la otra asada por las brasas del fuego?

Espero ser bien comprendido, ¿hay eco en el bolsillo de tu chaleco, Blondet? Entre nosotros, dejemos el corazón, estropea el ingenio. ¡Sigamos! Godefroid de Beaudenord tenía pues la estima de sus proveedores, pues sus proveedores recibían con bastante regularidad su dinero. La mujer de mucho ingenio ya citada, y a quien no se puede nombrar, porque, gracias a su poco corazón, vive...

—¿Quién es?

—¡La marquesa de Espard! Ella decía que un joven debía vivir en un entresuelo, no tener en su casa nada que oliera a hogar, ni cocinera, ni cocina, ser servido por un viejo doméstico, y no anunciar ninguna pretensión a la estabilidad. Según ella, cualquier otro establecimiento es de mal gusto. Godefroid de Beaudenord, fiel a este programa, se alojaba en el muelle Malaquais, en un entresuelo; no obstante, se había visto forzado a tener una pequeña similitud con la gente casada, poniendo en su habitación una cama, por lo demás tan estrecha que apenas cabía en ella. Una inglesa, entrada por azar en su casa, no habría podido encontrar nada *improper*.

Finot, ¡te harás explicar la gran ley de lo *improper* que rige Inglaterra! Pero ya que estamos ligados por un billete de mil, voy a darte una idea. ¡Yo he ido a Inglaterra! (Bajo al oído de Blondet: Le doy ingenio por más de dos mil francos). En Inglaterra, Finot, te lías extremadamente con una mujer, durante la noche, en el baile o en otro sitio; te la encuentras al día siguiente en la calle, y haces como que la reconoces: ¡*improper*! Encuentras en una cena, bajo el frac de tu vecino de la izquierda, a un hombre encantador, con ingenio, nula arrogancia, desenfadado; no tiene nada de inglés; siguiendo las leyes de la antigua compañía francesa, tan atenta, tan amable, le hablas: ¡*improper*! Abordáis en el baile a una mujer bonita con el fin de hacerla bailar: ¡*improper*! Os acaloráis, discutís, reís, derramáis vuestro corazón, vuestra alma, vuestro ingenio en vuestra conversación; expresáis sentimientos; jugáis cuando estáis en el juego, charláis charlando y coméis comiendo: ¡*improper*! ¡*improper*! ¡*improper*! Uno de los hombres más ingeniosos y profundos de esta época, Stendhal, ha caracterizado muy bien lo *improper* diciendo que hay tal lord de Gran Bretaña que, solo, no se atreve a cruzar las piernas ante su fuego, por miedo a ser *improper*. Una dama inglesa, aunque fuera de la secta furiosa de los santos (protestantes acérrimos que dejarían morir a toda su familia de hambre si fuera *improper*), no será *improper* armando un escándalo en su dormitorio, y se considerará perdida si recibe a un amigo en esa misma habitación. Gracias a lo *improper*, algún día se encontrará Londres y a sus habitantes petrificados.

—Cuando se piensa que hay en Francia necios que quieren importar aquí las solemnes estupideces que los ingleses hacen en su casa con esa hermosa sangre fría que les conocéis —dijo Blondet—, hay de qué hacer estremecer a cualquiera que haya visto Inglaterra y recuerde las graciosas y encantadoras costumbres francesas. En los últimos tiempos, Walter Scott, que no se atrevió a pintar a las mujeres como son por miedo a ser *improper*, se arrepentía de haber hecho la bella figura de Effie en la *Prisión de Edimburgo*.

—¿Quieres no ser *improper* en Inglaterra? —dijo Bixiou a Finot.

—¿Y bien? —dijo Finot.

—Ve a ver a las Tullerías una especie de bombero de mármol titulado Temístocles por el escultor, y trata de andar como la estatua del comendador; nunca serás *improper*.

Fue por una aplicación rigurosa de la gran ley de lo *improper* por lo que la felicidad de Godefroid se completó. He aquí la historia. Tenía un tigre, y no un *groom*, como escriben personas que no saben nada del mundo. Su tigre era un pequeño irlandés, llamado Paddy, Joby, Toby (a voluntad), tres pies de alto, veinte pulgadas de ancho, cara de comadreja, nervios de acero hechos a la ginebra, ágil como una ardilla, conduciendo un landó con una habilidad que nunca se encontró en falta ni en Londres ni en París, ojo de lagarto, fino como el mío, montando a caballo como el viejo Franconi, cabellos rubios como los de una virgen de Rubens, mejillas rosadas, disimulado como un príncipe, instruido como un procurador retirado, de diez años de edad, en fin una verdadera flor de perversidad, jugando y jurando, amante de las confituras y del ponche, insultante como un folletín, atrevido y ratero como un pilluelo de París. Era el honor y el provecho de un célebre lord inglés, a quien ya había hecho ganar setecientos mil francos en las carreras. El lord quería mucho a este niño: su tigre era una curiosidad, nadie en Londres tenía un tigre tan pequeño. Sobre un caballo de carreras, Joby parecía un halcón. ¡Pues bien!, el lord despidió a Toby, no por glotonería, ni por robo, ni por asesinato, ni por criminal conversación, ni por falta de compostura, ni por insolencia hacia milady, no por haber agujereado los bolsillos de la primera mujer de milord, no por haberse dejado corromper por los adversarios de milord en las carreras, no por haberse divertido el domingo, en fin, por ningún hecho reprochable. Toby hubiera hecho todas esas cosas, incluso habría hablado a milord sin ser interrogado, milord le habría perdonado aún ese crimen doméstico. Milord habría soportado muchas cosas de Toby, tanto lo apreciaba milord. Su tigre conducía un carruaje de dos ruedas y dos caballos uno delante del otro, montado sobre el segundo, sin que las piernas sobrepasaran las varas, pareciendo en fin una de esas cabezas de ángeles que los

pintores italianos siembran alrededor del Padre Eterno. Un periodista inglés hizo una deliciosa descripción de este angelito, lo encontró demasiado bonito para un tigre, ofreció apostar a que Paddy era una tigresa domesticada. La descripción amenazaba con envenenarse y volverse *improper* en primer grado. El superlativo de lo *improper* lleva a la horca. Milord fue muy alabado por su circunspección por milady. Toby no pudo encontrar sitio en ninguna parte, tras verse cuestionar su Estado civil en la Zoología británica. En ese tiempo, Godefroid florecía en la embajada de Francia en Londres, donde se enteró de la aventura de Toby, Joby, Paddy. Godefroid se apoderó del tigre, al que encontró llorando junto a un tarro de confituras, pues el niño ya había perdido las guineas con las que milord había dorado su desgracia. A su regreso, Godefroid de Beaudenord importó pues a nuestra tierra al tigre más encantador de Inglaterra; fue conocido por su tigre como Couture se hizo notar por sus chalecos. Así entró fácilmente en la confederación del club llamado hoy de Grammont. No inquietaba a ninguna ambición tras haber renunciado a la carrera diplomática, no tenía un ingenio peligroso, fue bien recibido por todo el mundo. Nosotros, nos sentiríamos ofendidos en nuestro amor propio al no encontrar más que caras sonrientes. Nos gusta ver la mueca amarga del Envidioso. A Godefroid no le gustaba ser odiado. ¡Para gustos los colores!

¿Llegamos a lo sólido, a la vida material? Su apartamento, donde he lamido más de un desayuno, se recomendaba por un gabinete de aseo misterioso, bien adornado, lleno de cosas confortables, con chimenea, con bañera; salida a una pequeña escalera, puertas batientes insonorizadas, cerraduras fáciles, goznes discretos, ventanas de cristales deslustrados, con cortinas impasibles. Si la habitación ofrecía y debía ofrecer el más bello desorden que pueda desear el pintor de acuarelas más exigente, si todo respiraba allí el aire bohemio de una vida de joven elegante, el gabinete de aseo era como un santuario: blanco, limpio, ordenado, caliente, sin corrientes de aire, alfombra hecha para saltar en ella descalzo, en camisa y asustada. ¡Ahí está la firma del muchacho verdaderamente petimetre y concedor de la vida! Pues allí, durante algunos minutos, puede

parecer o tonto o grande en los pequeños detalles de la existencia que revelan el carácter. La marquesa ya citada, no, es la marquesa de Rochefide, salió furiosa de un gabinete de aseo, y nunca volvió, no había encontrado nada *improper*. Godefroid tenía allí un pequeño armario lleno...

—¡De camisolas! —dijo Finot.

—¡Venga, ya estás hecho un gran Turcaret! (¡Nunca lo formaré!). Pero no, de pasteles, de frutas, bonitos frascos de vino de Málaga, de Lunel, un refrigerio a lo Luis XIV, todo lo que puede divertir a estómagos delicados y bien educados, estómagos de dieciséis apellidos. Un viejo criado malicioso, muy fuerte en el arte veterinario, servía a los caballos y cuidaba a Godefroid, pues había pertenecido al difunto señor Beaudenord, y profesaba a Godefroid un afecto inveterado, esa lepra del corazón que las Cajas de Ahorros han terminado por curar en los domésticos.

Todo bienestar material reposa sobre cifras. Vosotros, a quienes la vida parisina es conocida hasta en sus exóstosis, adivináis que le hacían falta unas diecisiete mil libras de renta, pues tenía diecisiete francos de impuestos y mil escudos de caprichos. ¡Pues bien, mis queridos niños!, el día que amaneció mayor de edad, el marqués de Aiglemont le presentó cuentas de tutela, como no seríamos capaces de rendir a nuestros sobrinos, y le entregó una inscripción de dieciocho mil libras de renta sobre el libro mayor, resto de la opulencia paterna esquilada por la gran reducción republicana, y granizada por los atrasos del Imperio. Este virtuoso tutor puso a su pupilo a la cabeza de una treintena de miles de francos de ahorros colocados en la casa Nucingen, diciéndole con toda la gracia de un gran señor y el desenfado de un soldado del Imperio que le había reservado esta suma para sus locuras de juventud. «Si me escuchas, Godefroid —añadió—, en lugar de gastarlos tontamente como tantos otros, haz locuras útiles, acepta una plaza de agregado de embajada en Turín, de ahí ve a Nápoles, de Nápoles vuelve a Londres, y por tu dinero te habrás divertido, instruido. Más tarde, si quieres tomar una carrera, no habrás perdido ni tu tiempo ni tu dinero». El difunto

d'Aiglemont valía más que su reputación, no se puede decir lo mismo de nosotros.

—Un joven que debuta a los veintiún años con dieciocho mil libras de renta es un muchacho arruinado —dijo Couture.

—Si no es avaro, o muy superior —dijo Blondet.

—Godefroid residió en las cuatro capitales de Italia —repuso Bixiou—. Vio Alemania e Inglaterra, un poco San Petersburgo, recorrió Holanda; pero se separó de los susodichos treinta mil francos viviendo como si tuviera treinta mil libras de renta. Encontró en todas partes la *suprême* de ave, el áspic y los vinos de Francia, oyó hablar francés a todo el mundo, en fin, no supo salir de París. Hubiera querido depravarse el corazón, acorazárselo, perder sus ilusiones, aprender a escucharlo todo sin ruborizarse, a hablar sin decir nada, a penetrar los secretos intereses de las potencias... ¡Bah! Le costó mucho trabajo proveerse de cuatro lenguas, es decir, aprovisionarse de cuatro palabras contra una idea. Volvió viudo de varias viudas ricas y aburridas, llamadas buenas fortunas en el extranjero, tímido y poco formado, buen chico, lleno de confianza, incapaz de hablar mal de la gente que le hacía el honor de admitirlo en su casa, teniendo demasiada buena fe para ser diplomático, en fin, lo que llamamos un leal muchacho.

—En resumen, un mocoso que tenía sus dieciocho mil libras de renta a disposición de las primeras acciones que llegaran —dijo Couture.

—Este diablo de Couture tiene tal costumbre de anticipar los dividendos, que anticipa el desenlace de mi historia. ¿Dónde estaba? Al regreso de Beaudenord. Cuando estuvo instalado en el muelle Malaquais, sucedió que mil francos por encima de sus necesidades fueron insuficientes para su parte del palco en los Italianos y en la Ópera. Cuando perdía veinticinco o treinta luses en el juego en una apuesta, naturalmente pagaba; luego se los gastaba en caso de ganancia, cosa que nos pasaría a nosotros si fuéramos tan tontos como para dejarnos atrapar apostando. Beaudenord, apurado con

sus dieciocho mil libras de renta, sintió la necesidad de crear lo que hoy llamamos el fondo de maniobra. Le importaba mucho no hundirse.

Fue a consultar a su tutor: «Mi querido hijo —le dijo d'Aiglemont —, los fondos están a la par, vende tus rentas, yo he vendido las mías y las de mi mujer. Nucingen tiene todos mis capitales y me da el seis por ciento; haz como yo, tendrás un uno por ciento más, y ese uno por ciento te permitirá estar totalmente holgado». En tres días, nuestro Godefroid estuvo holgado. Al estar sus ingresos en un equilibrio perfecto con su superfluo, su felicidad material fue completa. Si fuera posible interrogar a todos los jóvenes de París de una sola mirada, como parece que se hará en el juicio final con los miles de millones de generaciones que habrán chapoteado en todos los globos, como guardias nacionales o como salvajes, y preguntarles si la felicidad de un joven de veintiséis años no consiste: en poder salir a caballo, en tóburi o en cabriolé con un tigre grande como el puño, fresco y sonrosado como Toby, Joby, Paddy; en tener, por la noche, por doce francos, un cupé de alquiler muy conveniente; en mostrarse elegantemente vestido siguiendo las leyes indumentarias que rigen las ocho horas, el mediodía, las cuatro y la noche; en ser bien recibido en todas las embajadas, y recoger allí las flores efímeras de amistades cosmopolitas y superficiales; en ser de una belleza soportable, y llevar bien su nombre, su frac y su cabeza; en alojarse en un encantador pequeño entresuelo arreglado como os he dicho que lo estaba el entresuelo del muelle Malaquais; en poder invitar a amigos a acompañarle al Rocher de Cancale sin haber interrogado previamente su bolsillo, y no ser detenido en ninguno de sus movimientos razonables por esa frase: «¡Ah! ¿Y el dinero?»; en poder renovar los lazos rosas que embellecen las orejas de sus tres caballos pura sangre, y tener siempre un forro nuevo en su sombrero. Todos, nosotros mismos, gente superior, todos responderían que esa felicidad es incompleta, que es la Magdalena sin altar, que hay que amar y ser amado, o amar sin ser amado, o ser amado sin amar, o poder amar a tontas y a locas.

Lleguemos a la felicidad moral. Cuando, en enero de 1823, se encontró bien asentado en sus goces, tras haber tomado pie y lengua en las diferentes sociedades parisinas donde le plació ir, sintió la necesidad de ponerse al abrigo de una sombrilla, de tener de qué quejarse de una mujer decente, de no mordisquear el tallo de una rosa comprada a diez sueldos a la señora Prévost, a semejanza de los jovencitos que cloquean en los pasillos de la Ópera, como pollos en una jaula. En fin, resolvió referir sus sentimientos, sus ideas, sus afectos a una mujer, ¡una mujer! ¡La *mujer*! ¡AH! Concibió primero la idea absurda de tener una pasión desgraciada, rondó durante algún tiempo a su bella prima, la señora d'Aiglemont, sin darse cuenta de que un diplomático ya había bailado el vals de *Fausto* con ella. El año 25 se pasó en ensayos, en búsquedas, en coqueterías inútiles. El objeto amante solicitado no apareció. Las pasiones son extremadamente raras. ¡En esta época, se han levantado tantas barricadas en las costumbres como en las calles! En verdad, hermanos míos, os lo digo, ¡lo *improper* nos gana! Como se nos reprocha meternos en el terreno de los pintores de retratos, de los tasadores y de las modistas, no os haré sufrir la descripción de la persona en la cual Godefroid reconoció a su hembra. Edad, diecinueve años; estatura, un metro cincuenta centímetros; cabellos rubios, cejas *ídem*; ojos azules, frente mediana, nariz curvada, boca pequeña, mentón corto y respingón, rostro ovalado; señas particulares, ninguna. Tal, el pasaporte del objeto amado. No seáis más difíciles que la Policía, que los señores Alcaldes de todas las ciudades y municipios de Francia, que los gendarmes y otras autoridades constituidas. Por lo demás, es el bloque de la Venus de Médicis, palabra de honor.

La primera vez que Godefroid fue a casa de la señora de Nucingen, que lo había invitado a uno de esos bailes por los cuales ella adquirió, a buen precio, cierta reputación, percibió allí, en una cuadrilla, a la persona a amar y quedó maravillado por esa estatura de un metro cincuenta centímetros. Esos cabellos rubios chorreaban en cascadas burbujeantes sobre una pequeña cabeza ingenua y fresca como la de una náyade que hubiera asomado la nariz a la

ventana cristalina de su manantial, para ver las flores de la primavera (Este es nuestro nuevo estilo, frases que se hilan como nuestros macarrones de hace un rato). El *ídem* de las cejas, mal que le pese a la Prefectura de Policía, habría podido pedir seis versos al amable Parny; ese poeta bromista las hubiera comparado muy agradablemente con el arco de Cupido, haciendo observar que la flecha estaba debajo, pero una flecha sin fuerza, despuntada, pues reina allí todavía hoy la borreguil dulzura que los frontales de chimenea atribuyen a la señora de La Vallière, en el momento en que firma su ternura ante Dios, a falta de haber podido firmarla ante notario. ¿Conocéis el efecto de los cabellos rubios y de los ojos azules, combinados con una danza muelle, voluptuosa y decente? Una joven no os golpea entonces audazmente en el corazón, como esas morenas que por su mirada parecen decirnos, en mendigo español: «¡La bolsa o la vida! Cinco francos, o te desprecio». Esas bellezas insolentes (iy un tanto peligrosas!) pueden gustar a muchos hombres; pero, en mi opinión, la rubia que tiene la felicidad de parecer excesivamente tierna y complaciente, sin perder sus derechos de reprimenda, de burla, de discursos inmoderados, de celos falsos y todo lo que hace a la mujer adorable, estará siempre más segura de casarse que la morena ardiente. La madera es cara.

Isaure, blanca como una alsaciana (había visto la luz en Estrasburgo y hablaba el alemán con un pequeño acento francés muy agradable), bailaba maravillosamente. Sus pies, que el empleado de la policía no había mencionado, y que sin embargo podían encontrar su lugar bajo la rúbrica *señas particulares*, eran notables por su pequeñez, por ese juego particular que los viejos maestros han llamado *flic-flac*, y comparable a la dicción agradable de la señorita Mars, pues todas las musas son hermanas, el bailarín y el poeta tienen igualmente los pies en la tierra. Los pies de Isaure conversaban con una nitidez, una precisión, una ligereza, una rapidez de muy buen augurio para las cosas del corazón.

—«¡Tiene *flic-flac*!» era el elogio supremo de Marcel, el único maestro de danza que ha merecido el nombre de grande. Se ha

dicho el gran Marcel como el gran Federico, y en tiempos de Federico.

—¿Compuso ballets? —preguntó Finot.

—Sí, algo como *Los cuatro elementos*, *La Europa galante*.

—¡Qué tiempos —dijo Finot— aquellos en que los grandes señores vestían a las bailarinas!

—*Improper!* —repuso Bixiou—. Isaure no se elevaba sobre las puntas, se quedaba a ras de tierra, se balanceaba sin sacudidas, ni más ni menos voluptuosamente de lo que debe balancearse una joven. Marcel decía con una profunda filosofía que cada estado tenía su danza: una mujer casada debía bailar de otro modo que una joven, un togado de otro modo que un financiero, y un militar de otro modo que un paje; llegaba incluso a pretender que un infante debía bailar de otro modo que un jinete; y, de ahí partía para analizar toda la sociedad. Todos esos bellos matices están muy lejos de nosotros.

—¡Ah! —dijo Blondet—, pones el dedo en una gran desgracia. Si Marcel hubiera sido comprendido, la Revolución francesa no habría tenido lugar.

—Godefroid —repuso Bixiou— no había tenido la ventaja de recorrer Europa sin observar a fondo las danzas extranjeras. Sin ese profundo conocimiento en coreografía, calificado de fútil, tal vez no hubiera amado a esta joven; pero de los trescientos invitados que se apretujaban en los bellos salones de la calle Saint-Lazare, fue el único en comprender el amor inédito que traicionaba una danza parlanchina. Se notó bien la manera de Isaure d'Aldrigger; pero, en este siglo donde cada uno exclama: «¡Deslicémonos, no apoyemos!», uno dice: «He ahí una joven que baila famosamente bien» (era un pasante de notario); el otro: «He ahí una joven que baila de maravilla» (era una dama con turbante); la tercera, una mujer de treinta años: «¡He ahí una personita que no baila mal!». Volvamos al gran Marcel, y digamos parodiando su frase más famosa: «¡Cuántas cosas en un *avant-deux!*».

—¡Y vayamos un poco más rápido! —dijo Blondet—, estás mariposeando.

—Isaure —repuso Bixiou que miró a Blondet de reojo—, llevaba un sencillo vestido de crespón blanco adornado con cintas verdes, una camelia en el cabello, una camelia en la cintura, otra camelia en el bajo del vestido, y una camelia...

—¡Venga, ahí están las trescientas cabras de Sancho!

—¡Es toda la literatura, querido mío! *Clarissa* es una obra maestra, tiene catorce volúmenes, y el vaudevillista más obtuso te la contará en un acto. Con tal de que te divierta, ¿de qué te quejas? Ese atuendo era de un efecto delicioso, ¿es que no te gustan las camelias? ¿Quieres dalias? No. ¡Pues bien, toma una castaña! —dijo Bixiou que lanzó sin duda una castaña a Blondet, pues oímos el ruido sobre el plato.

—Vale, me equivoco, ¡continúa! —dijo Blondet.

—Retomo —dijo Bixiou—. «¿No es bonita para casarse?» dijo Rastignac a Beaudenord mostrándole a la pequeña de las camelias blancas, puras y sin un pétalo de menos. Rastignac era uno de los íntimos de Godefroid. «¡Pues bien, en eso pensaba —le respondió al oído Godefroid—. Estaba ocupado diciéndome que en lugar de temblar a todo momento en su felicidad, de lanzar a duras penas una palabra en un oído inatento, de mirar en los Italianos si hay una flor roja o blanca en un tocado, si hay en el Bois una mano enguantada sobre el panel de un coche, como se hace en Milán, en el Corso; que en lugar de robar un bocado de babá detrás de una puerta, como un lacayo que termina una botella, de gastar su inteligencia para dar y recibir una carta, como un cartero; que en lugar de recibir ternuras infinitas en dos líneas, tener cinco volúmenes en folio para leer hoy, mañana una entrega de dos hojas, lo cual es fatigoso; que en lugar de arrastrarse en los carriles y tras los setos, valdría más dejarse llevar por la adorable pasión envidiada por J.-J. Rousseau, amar llanamente a una joven como Isaure, con la intención de hacerla su mujer si, durante el intercambio de

sentimientos, los corazones convienen, en fin, ¡ser un Werther feliz!». «Es un ridículo igual que otro cualquiera —dijo Rastignac sin reír—. En tu lugar, tal vez me sumergiría en las delicias infinitas de ese ascetismo, es nuevo, original y poco costoso. Tu Mona Lisa es suave, pero tonta como una música de ballet, te lo advierto». La manera en que Rastignac dijo esta última frase hizo creer a Beaudenord que su amigo tenía interés en desencantarlo, y lo creyó su rival en su calidad de antiguo diplomático. Las vocaciones fallidas tiñen toda la existencia.

Godefroid se encaprichó tan bien de la señorita Isaure d'Aldrigger, que Rastignac fue a buscar a una chica alta que charlaba en un salón de juego, y le dijo al oído: «Malvina, su hermana acaba de atrapar en su red un pez que pesa dieciocho mil libras de renta, tiene un nombre, cierto asiento en el mundo y compostura; vigílelos; si hilan el perfecto amor, tenga cuidado de ser la confidente de Isaure para no dejarle responder una palabra sin haberla corregido». Hacia las dos de la mañana, el ayuda de cámara vino a decir a una pequeña pastora de los Alpes, de cuarenta años, coqueta como la Zerlina de la ópera de *Don Juan*, y junto a la cual se hallaba Isaure: «El coche de la señora baronesa está en la puerta». Godefroid vio entonces a su belleza de balada alemana arrastrando a su madre fantástica al salón de salida, donde estas dos damas fueron seguidas por Malvina. Godefroid, que fingió (¡el niño!) ir a saber en qué tarro de confituras se había agazapado Joby, tuvo la felicidad de percibir a Isaure y Malvina envolviendo a su vivaracha mamá en su pelliza, y haciéndose esos pequeños cuidados de aseo exigidos por un viaje nocturno en París. Las dos hermanas lo examinaron con el rabillo del ojo como gatas bien enseñadas, que miran de reajo a un ratón sin parecer prestarle atención. Él experimentó cierta satisfacción al ver el tono, la vestimenta, las maneras del gran alsaciano con librea, bien enguantado, que vino a traer gruesos zapatos forrados a sus tres amas.

Jamás dos hermanas fueron más disímiles que Isaure y Malvina. La mayor, alta y morena, Isaure pequeña y delgada; esta de rasgos finos y delicados; la otra de formas vigorosas y pronunciadas; Isaure

era la mujer que reina por su falta de fuerza, y a la que un colegial se cree obligado a proteger; Malvina era la mujer de «¿Habéis visto en Barcelona?». Al lado de su hermana, Isaure hacía el efecto de una miniatura junto a un retrato al óleo.

—¡Es rica! —dijo Godefroid a Rastignac al volver al baile.

—¿Quién?

—Esa joven.

—¡Ah! Isaure d'Aldrigger. Pues sí. La madre es viuda, su marido tuvo a Nucingen en sus oficinas en Estrasburgo. Si quieres volver a verla, suelta un cumplido a la señora de Restaud, que da un baile pasado mañana, la baronesa d'Aldrigger y sus dos hijas estarán allí, ¡tú serás invitado!

Durante tres días en la cámara oscura de su cerebro, Godefroid vio a su Isaure y las camelias blancas, y los gestos de cabeza, como cuando después de haber contemplado mucho tiempo un objeto fuertemente iluminado, lo reencontramos con los ojos cerrados bajo una forma menor, radiante y coloreada, que chisporrotea en el centro de las tinieblas.

—¡Bixiou, caes en lo fenoménico, haznos unos cuadros! —dijo Couture.

—¡Aquí están! —repuso Bixiou posando sin duda como un camarero de café—, ¡aquí están, señores, el cuadro pedido! ¡Atención, Finot! ¡Hay que tirar de tu boca como un cochero de tartana de la de su jamelgo! La señora Theodora-Marguerite-Wilhelmine Adolphus (de la casa Adolphus y compañía de Manheim), viuda del barón d'Aldrigger, no era una buena alemana gorda, compacta y reflexiva, blanca, de rostro dorado como la espuma de una jarra de cerveza, enriquecida con todas las virtudes patriarcales que Alemania posee, hablando novelescamente. Tenía las mejillas aún frescas, coloreadas en los pómulos como las de una muñeca de Núremberg, tirabuzones muy despiertos en las sienes, ojos provocadores, ni la menor cana, un talle fino, y cuyas pretensiones eran puestas de relieve por vestidos con corsé. Tenía en la frente y

en las sienes algunas arrugas involuntarias que hubiera querido, como Ninon, exiliar a sus talones; pero las arrugas persistían en dibujar sus zigzags en los lugares más visibles. En ella, el contorno de la nariz se marchitaba, y la punta enrojecía, lo que era tanto más molesto cuanto que la nariz armonizaba entonces con el color de los pómulos. En calidad de heredera única, mimada por sus padres, mimada por su marido, mimada por la ciudad de Estrasburgo, y siempre mimada por sus dos hijas que la adoraban, la baronesa se permitía el rosa, la falda corta, el lazo en la punta del corsé que le dibujaba el talle. Cuando un parisino ve a esta baronesa pasando por el bulevar, sonrío, la condena sin admitir, como el Jurado actual, ilas circunstancias atenuantes en un fratricidio! El burlón es siempre un ser superficial y consecuentemente cruel, el gracioso no tiene en cuenta la parte que corresponde a la Sociedad en el ridículo del que se ríe, pues la Naturaleza no ha hecho más que bestias, debemos los tontos al Estado social.

—Lo que encuentro bello en Bixiou —dijo Blondet— es que es completo: cuando no se mofa de los otros, se burla de sí mismo.

—Blondet, te devolveré esa —dijo Bixiou con tono fino—. Si esta pequeña baronesa era alocada, despreocupada, egoísta, incapaz de cálculo, la responsabilidad de sus defectos correspondía a la casa Adolphus y compañía de Manheim, al amor ciego del barón d'Aldrigger. Dulce como un cordero, esta baronesa tenía el corazón tierno, fácil de conmover, pero desgraciadamente la emoción duraba poco y consecuentemente se renovaba a menudo. Cuando el barón murió, esta pastora casi lo siguió, tan violento y verdadero fue su dolor; pero... al día siguiente, en el desayuno, le sirvieron unos guisantes que le gustaban, y esos deliciosos guisantes calmaron la crisis. Era tan ciegamente amada por sus dos hijas, por su servidumbre, que toda la casa fue feliz por una circunstancia que les permitió ocultar a la baronesa el espectáculo doloroso del cortejo fúnebre. Isaure y Malvina ocultaron sus lágrimas a esta madre adorada, y la ocuparon en elegir sus ropas de luto, en encargárselas mientras se cantaba el *Requiem*.

Cuando un ataúd es colocado bajo ese gran catafalco negro y blanco, manchado de cera, que ha servido a tres mil cadáveres de gente decente antes de ser reformado, según la estimación de un enterrador filósofo a quien consulté sobre este punto, entre dos vasos de vino blanco; cuando un bajo clero muy indiferente vocifera el *Dies iræ*, cuando el alto clero no menos indiferente dice el oficio, ¿sabéis lo que dicen los amigos vestidos de negro, sentados o de pie en la iglesia? (He aquí el cuadro pedido). Mirad, ¿los veis?

—¿Cuánto creéis que deja papá d'Aldrigger? —decía Desroches a Taillefer, que nos hizo hacer antes de su muerte la más bella orgía conocida...

—¿Acaso Desroches era procurador en aquel tiempo?

—Trató en 1822 —dijo Couture—. Y fue audaz para el hijo de un pobre empleado que nunca tuvo más de mil ochocientos francos, y cuya madre gestionaba un estanco de papel timbrado. Pero trabajó duramente de 1818 a 1822. Entrado como cuarto pasante en casa de Derville, iera segundo pasante en 1819!

—¡Desroches!

—Sí —dijo Bixiou—. Desroches ha rodado como nosotros sobre los estiércoles del *Jobismo*. Harto de llevar trajes demasiado estrechos y de mangas demasiado cortas, había devorado el Derecho por desesperación, y acababa de comprar un título desnudo. Procurador sin un céntimo, sin clientela, sin otros amigos que nosotros, debía pagar los intereses de un Cargo y de una Fianza.

—Me parecía entonces un tigre salido del Jardín de las Plantas —dijo Couture—. Flaco, de pelo pelirrojo, ojos color tabaco de España, un cutis agrio, aire frío y flemático, pero áspero con la viuda, tajante con el huérfano, trabajador, el terror de sus pasantes que no debían perder el tiempo, instruido, retorcido, doble, de una elocución melosa, no perdiendo nunca los estribos, rencoroso a la manera del hombre judicial.

—Y tiene algo bueno —exclamó Finot—, es devoto de sus amigos, y su primer cuidado fue tomar a Godeschal como Maestro-Pasante,

el hermano de Mariette.

—En París —dijo Blondet—, el procurador no tiene más que dos matices: está el procurador hombre honesto que permanece en los términos de la ley, empuja los pleitos, no corre tras los negocios, no descuida nada, aconseja a sus clientes con lealtad, les hace transigir sobre los puntos dudosos, un Derville en fin. Luego está el procurador famélico a quien todo le viene bien con tal de que los gastos estén asegurados; que haría batirse, no montañas, las vende, sino planetas; que se encarga del triunfo de un pillo sobre un hombre honesto, cuando por casualidad el hombre honesto no se ha puesto en regla. Cuando uno de esos procuradores hace una jugada de maese Gonin un poco demasiado fuerte, la Cámara lo fuerza a vender. Desroches, nuestro amigo Desroches, ha comprendido este oficio hecho bastante pobremente por pobres diablos: ha comprado causas a gente que temblaba por perderlas, se ha lanzado sobre el pleito como hombre determinado a salir de la miseria. Ha tenido razón, ha hecho muy honestamente su oficio. Ha encontrado protectores en los hombres políticos salvando sus negocios embarazosos, como para nuestro querido des Lupeaulx, cuya posición estaba tan comprometida. ¡Le hacía falta eso para salir de apuros, pues Desroches empezó por ser muy mal visto por el Tribunal! ¡Él que rectificaba con tanto esfuerzo los errores de sus clientes!... Veamos, Bixiou, ¿volvemos?..... ¿Por qué Desroches se encontraba en la iglesia?

«—¡D'Aldrigger deja setecientos u ochocientos mil francos! —respondió Taillefer a Desroches.

—¡Ah! ¡Bah! Solo hay una persona que conozca su fortuna —dijo Werbrust, un amigo del difunto.

—¿Quién?

—Ese gordo astuto de Nucingen, irá hasta el cementerio, d'Aldrigger fue su patrón, y por agradecimiento hacía valer los fondos del buen hombre.

—¡Su viuda va a encontrar una gran diferencia!

—¿Cómo lo entendéis?

—¡Pero si d'Aldrigger amaba tanto a su mujer! No riáis, nos miran.

—Vaya, ahí está du Tillet, llega muy tarde, llega en la Epístola.

—Se casará sin duda con la mayor.

—¿Es posible? —dijo Desroches—, está más comprometido que nunca con la señora Roguin.

—¡Él! ¿Comprometido?... No lo conocéis.

—¿Sabéis la posición de Nucingen y de du Tillet? —preguntó Desroches.

—Hela aquí —dijo Taillefer—: Nucingen es hombre capaz de devorar el capital de su antiguo patrón y devolvérselo...

—¡Jum! ¡Jum! —hizo Werbrust—. Hace diabólicamente húmedo en las iglesias, ¡jum! ¡jum!

—¿Cómo devolverlo?...

—¡Pues bien!, Nucingen sabe que du Tillet tiene una gran fortuna, quiere casarlo con Malvina; pero du Tillet desconfía de Nucingen. Para quien ve el juego, esta partida es divertida.

—¿Cómo —dijo Werbrust—, ya casadera?... ¡Qué rápido envejecemos!

—Malvina d'Aldrigger tiene veinte años, querido. ¡El bueno de d'Aldrigger se casó en 1800! Nos dio fiestas bastante bellas en Estrasburgo por su boda y por el nacimiento de Malvina. Fue en 1801, en la paz de Amiens, y estamos en 1823, papá Werbrust. En aquel tiempo, se osianizaba todo, nombró a su hija Malvina. Seis años después, bajo el Imperio, hubo durante algún tiempo un furor por las cosas caballerescas, era: *Partiendo para Siria*, un montón de tonterías. Nombró a su segunda hija Isaure, tiene diecisiete años. He ahí dos hijas casaderas.

—Esas mujeres no tendrán un céntimo en diez años —dijo Werbrust confidencialmente a Desroches.

—Está —respondió Taillefer— el ayuda de cámara de d'Aldrigger, ese viejo que berrea al fondo de la iglesia, ha visto criar a estas dos señoritas, es capaz de todo para conservarles de qué vivir. (Los cantores: *Dies iræ!*) (Los niños del coro: *dies illa!*) (Taillefer: —Adiós, Werbrust, al oír el *Dies iræ*, pienso demasiado en mi pobre hijo). (— Me voy también, hace demasiado húmedo —dijo Werbrust. *In favilla*). (Los pobres en la puerta: ¡Unos sueldos, mis queridos señores!) (El suizo: ¡Pam! ¡pam! para las necesidades de la iglesia. Los cantores: ¡Amén! Un amigo: ¿De qué ha muerto? Un curioso bromista: De un vaso roto en el talón. Un transeúnte: ¿Sabéis cuál es el personaje que se ha dejado morir? Un pariente: El presidente de Montesquieu. El sacristán a los pobres: ¡Váyanse de una vez, nos han dado por ustedes, no pidan nada más!)».

—¡Qué verba! —dijo Couture.

(En efecto nos parecía oír todo el movimiento que se produce en una iglesia. Bixiou imitaba todo, hasta el ruido de la gente que se va con el cuerpo, mediante un movimiento de pies sobre el suelo).

—Hay poetas, novelistas, escritores que dicen muchas cosas bellas sobre las costumbres parisinas —repuso Bixiou—, pero he ahí la verdad sobre los entierros. De cien personas que rinden los últimos deberes a un pobre diablo de muerto, noventa y nueve hablan de negocios y de placeres en plena iglesia. Para observar alguna pobre pequeña verdadera pena, hacen falta circunstancias imposibles. Y aun así, ¿hay un dolor sin egoísmo?...

—¡Jum! ¡Jum! —hizo Blondet—. No hay nada menos respetado que la muerte, ¿tal vez es lo que hay menos respetable?...

—¡Es tan común! —repuso Bixiou—. Cuando el servicio terminó, Nucingen y du Tillet acompañaron al difunto al cementerio. El viejo ayuda de cámara iba a pie. El cochero llevaba el coche detrás del del Clero. «—¡Bues pien! mi buen amigo —dijo Nucingen a du Tillet al doblar el bulevar—, la ocasión es buena para esbosar a Malvina: seréis el brodegdor de esa bobre vamilia en lágrimas, dendréis una

vamilia, un inderior; engondraréis una gasa toda mondada, y Malvina, es verdad, es un verdadero desoro».

—¡Me parece oír hablar a ese viejo Robert Macaire de Nucingen!
—dijo Finot.

«—Una persona encantadora —repuso Ferdinand du Tillet con fuego y sin acalorarse—», repuso Bixiou.

—¡Todo du Tillet en una palabra! —exclamó Couture.

«—Puede parecer fea a quienes no la conocen, pero, lo confieso, tiene alma —decía du Tillet.

—Y du gorasón, ese es el bund de la gosa, mi querido, dendrá deuvouement y de la indeligencia. En nuedro berro de ofisio, no se sabe ni guién vive, ni guién muere; es una gran velicidad el boder gonfiarse al gorasón de su mujer. Yo daría bien a Delvine que, usded lo sabe, me ha abordado más de un millón, gontra Malvina que no tiene una dode tan grande.

—Pero ¿qué tiene?

—No lo sé husdamente —dijo el barón de Nucingen—, pero diene algo.

—¡Tiene una madre a la que le gusta mucho el rosa!» dijo du Tillet. Esta frase puso fin a las tentativas de Nucingen.

Después de la cena, el barón informó entonces a la Wilhelmine-Adolphus de que le quedaban apenas cuatrocientos mil francos en su casa. La hija de los Adolphus de Manheim, reducida a veinticuatro mil libras de renta, se perdió en cálculos que se embrollaban en su cabeza.

«—¡Cómo! —decía a Malvina—, ¡cómo! ¡Siempre he tenido seis mil francos para nosotras en la costurera! Pero ¿de dónde sacaba el dinero tu padre? No tendremos nada con veinticuatro mil francos, estamos en la miseria. ¡Ah! Si mi padre me viera así decaída, se moriría, isi no estuviera muerto ya! ¡Pobre Wilhelmine!».

Y se puso a llorar.

Malvina, no sabiendo cómo consolar a su madre, le representó que era todavía joven y bonita, el rosa le sentaba siempre bien, iría a la Ópera, a los Bufones en el palco de la señora de Nucingen. Durmió a su madre en un sueño de fiestas, de bailes, de música, de bellos trajes y de éxitos, que comenzó bajo las cortinas de una cama de seda azul, en una habitación elegante, contigua a aquella donde, dos noches antes, había expirado el señor Jean-Baptiste barón d'Aldrigger, cuya historia en tres palabras es esta. En vida, este respetable alsaciano, banquero en Estrasburgo, se había enriquecido en unos tres millones. En 1800, a la edad de treinta y seis años, en el apogeo de una fortuna hecha durante la Revolución, se había casado, por ambición y por inclinación, con la heredera de los Adolphus de Manheim, joven adorada por toda una familia y naturalmente recogió la fortuna en el espacio de diez años. D'Aldrigger fue entonces baronificado por S. M. el Emperador y Rey, pues su fortuna se duplicó; pero se apasionó por el gran hombre que lo había titulado. Así, entre 1814 y 1815, se arruinó por haber tomado en serio el sol de Austerlitz. El honesto alsaciano no suspendió sus pagos, no desinteresó a sus acreedores con los valores que consideraba malos; pagó todo en ventanilla abierta, se retiró de la Banca, y mereció la frase de su antiguo primer empleado, Nucingen: «¡Hombre honesto, pero tonto!». A fin de cuentas, le quedaron quinientos mil francos y cobros sobre el Imperio que ya no existía.

—He aquí lo que es haber greído temasiato en Naboléon —dijo al ver el resultado de su liquidación.

Cuando se ha sido los primeros de una ciudad, ¿cómo quedarse allí disminuido?... El banquero de Alsacia hizo como hacen todos los provincianos arruinados: vino a París, llevó valientemente tirantes tricolores sobre los cuales estaban bordadas las águilas imperiales y se concentró allí en la sociedad bonapartista. Entregó sus valores al barón de Nucingen que le dio ocho por ciento de todo, aceptando sus créditos imperiales a sesenta por ciento solamente de pérdida, lo que fue causa de que d'Aldrigger estrechara la mano de Nucingen diciéndole:

—¡Esbaba bien seguro de endonbrar el gorasón de un alsasiano!

Nucingen se hizo pagar íntegramente por nuestro amigo des Lupeaulx. Aunque bien esquilado, el alsaciano tuvo una renta industrial de cuarenta y cuatro mil francos. Su pena se complicó con el *spleen* del que son presas las gentes habituadas a vivir por el juego de los negocios cuando se ven privadas de él. El banquero se impuso la tarea de sacrificarse, inoble corazón! a su mujer, cuya fortuna acababa de ser devorada, y que ella había dejado tomar con la facilidad de una niña a quien los asuntos de dinero eran totalmente desconocidos. La baronesa d'Aldrigger reencontró pues los goces a los que estaba acostumbrada; el vacío que podía causarle la Sociedad de Estrasburgo fue colmado por los placeres de París. La casa Nucingen tenía ya, como tiene todavía, el puesto más alto de la sociedad financiera, y el barón hábil puso su honor en tratar bien al barón honesto. Esta bella virtud quedaba bien en el salón Nucingen. Cada invierno recortaba el capital de d'Aldrigger; pero no osaba hacer el menor reproche a la perla de los Adolphus; su ternura fue la más ingeniosa y la más ininteligente que hubo en este mundo. ¡Bravo hombre, pero tonto! Murió preguntándose: «¿Qué será de ellas sin mí?». Luego, en un momento en que estuvo solo con su viejo ayuda de cámara Wirth, el buen hombre, entre dos ahogos, le encomendó a su mujer y a sus dos hijas, como si ese Caleb de Alsacia fuera el único ser razonable que hubiera en la casa.

Tres años después, en 1826, Isaure tenía veinte años y Malvina no estaba casada. Al ir al mundo Malvina había terminado por notar cuán superficiales son las relaciones allí, cuánto se examina y define todo. Semejante a la mayoría de las chicas llamadas bien educadas, Malvina ignoraba el mecanismo de la vida, la importancia de la fortuna, la dificultad de adquirir la menor moneda, el precio de las cosas. Así, durante esos seis años, cada enseñanza había sido una herida para ella. Los cuatrocientos mil francos dejados por el difunto d'Aldrigger en la casa Nucingen fueron llevados al crédito de la baronesa, pues la sucesión de su marido le debía un millón doscientos mil francos; y en los momentos de apuro, la pastora de los Alpes sacaba de ahí como de una caja inagotable. En el

momento en que nuestro pichón avanzaba hacia su paloma, Nucingen, conociendo el carácter de su antigua patrona, había tenido que sincerarse con Malvina sobre la situación financiera en que se encontraba la viuda: no quedaban más que trescientos mil francos en su casa, las veinticuatro mil libras de renta se encontraban pues reducidas a dieciocho mil. ¡Wirth había mantenido la posición durante tres años! Tras la confidencia del banquero, los caballos fueron reformados, el coche vendido y el cochero despedido por Malvina, a espaldas de su madre. El mobiliario del palacete, que contaba diez años de existencia, no pudo ser renovado, pero todo se había marchitado al mismo tiempo. Para aquellos que aman la armonía, no era tan grave. La baronesa, esa flor tan bien conservada, había tomado el aspecto de una rosa fría y arrugada que queda única en un matorral en medio de noviembre. Yo que os hablo, ¡he visto esta opulencia degradándose por tintes, por semitonos! ¡Espantoso! Palabra de honor. Fue mi última pena. Después me dije: «¡Es tonto tomar tanto interés por los otros!». Mientras fui empleado, tenía la estupidez de interesarme por todas las casas donde cenaba, las defendía en caso de maledicencia, no las calumniaba, yo..... ¡Oh! Era un niño.

Cuando su hija le hubo explicado su posición, la ex perla exclamó: «¡Mis pobres hijas! ¿Quién me hará entonces mis vestidos? ¡Ya no podré tener gorros frescos, ni recibir, ni ir al mundo!».

—¿En qué pensáis que se reconoce el amor en un hombre? —dijo Bixiou interrumpiéndose—, se trata de saber si Beaudenord estaba verdaderamente enamorado de esta pequeña rubia.

—Descuida sus negocios —respondió Couture.

—Se pone tres camisas al día —dijo Finot.

—¿Una cuestión previa? —dijo Blondet—, ¿un hombre superior puede y debe estar enamorado?

—Amigos míos —repuso Bixiou con aire sentimental—, guardémonos como de una bestia venenosa del hombre que, sintiéndose preso de amor por una mujer, hace chasquear sus dedos

o tira su cigarro diciendo: «¡Bah! ¡Hay otras en el mundo!». Pero el gobierno puede emplear a ese ciudadano en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Blondet, te hago observar que este Godefroid había dejado la diplomacia.

—¡Pues bien, ha sido absorbido, el amor es la única oportunidad que tienen los tontos para engrandecerse! —respondió Blondet.

—Blondet, Blondet, ¿por qué somos tan pobres? —exclamó Bixiou.

—¿Y por qué Finot es rico? —repuso Blondet—, te lo diré, vamos, hijo mío, nos entendemos. Vaya, ahí está Finot que me sirve de beber como si hubiera subido su leña. Pero al final de una cena, se debe sorber el vino. ¿Y bien?

—Lo has dicho, el absorbido Godefroid hizo amplia amistad con la gran Malvina, la ligera baronesa y la pequeña bailarina. Cayó en el servilismo más minucioso y astringente. Estos restos de una opulencia cadavérica no lo asustaron. ¡Ah!... ¡bah! Se habituó por grados a todos esos harapos. Jamás el lampazo verde con adornos blancos del salón debió parecer a este muchacho ni pasado, ni viejo, ni manchado, ni bueno para reemplazar. Las cortinas, la mesa de té, las chinerías exhibidas sobre la chimenea, la lámpara rococó, la alfombra estilo cachemira que mostraba la trama, el piano, la pequeña vajilla floreada, las servilletas con flecos y también agujereadas a la española, el salón de percal que precedía al dormitorio azul de la baronesa, con sus accesorios, todo le fue santo y sagrado. Solo las mujeres estúpidas y en quienes la belleza brilla de manera que deja en la sombra el ingenio, el corazón, el alma, pueden inspirar semejantes olvidos, pues una mujer de ingenio jamás abusa de sus ventajas, hay que ser pequeña y tonta para apoderarse de un hombre.

Beaudenord, me lo ha dicho él, ¡amaba al viejo y solemne Wirth! Ese viejo bribón tenía por su futuro amo el respeto de un creyente católico por la Eucaristía. Este honesto Wirth era un Gaspar alemán, uno de esos bebedores de cerveza que envuelven su astucia de bonhomía, como un cardenal de la Edad Media su puñal en la

manga. Wirth, viendo un marido para Isaure, rodeaba a Godefroid de los ambages y circunloquios arabescos de su bonhomía alsaciana, la liga más adherente de todas las materias pegajosas. La señora d'Aldrigger era profundamente *improper*, encontraba el amor la cosa más natural. Cuando Isaure y Malvina salían juntas e iban a las Tullerías o a los Campos Elíseos, donde debían encontrar jóvenes de su sociedad, la madre les decía: «¡Divertíos bien, mis queridas hijas!». Sus amigos, los únicos que podían calumniar a las dos hermanas, las defendían; pues la excesiva libertad que cada uno tenía en el salón de los d'Aldrigger, hacía de él un lugar único en París. Con millones se habrían obtenido difícilmente semejantes veladas donde se hablaba de todo con ingenio, donde la vestimenta cuidada no era de rigor, donde se estaba a gusto hasta el punto de pedir allí cenar. Las dos hermanas escribían a quien les placía, recibían tranquilamente cartas, al lado de su madre, sin que jamás la baronesa tuviera la idea de preguntarles de qué se trataba. Esta adorable madre daba a sus hijas todos los beneficios de su egoísmo, la pasión más amable del mundo, en el sentido de que los egoístas, no queriendo ser molestados, no molestan a nadie, y no embarazan la vida de quienes los rodean con las zarzas del consejo, con las espinas de la reprimenda, ni con las burlas de avispa que se permiten las amistades excesivas que quieren saberlo todo, controlarlo todo...

—Me llegas al corazón —dijo Blondet—. Pero, querido, no cuentas, bromeas...

—¡Blondet, si no estuvieras borracho, me darías pena! De nosotros cuatro, ¡es el único hombre seriamente literario! Por su causa, os hago el honor de trataros como a gourmets, os destilo mi historia, ¡y él me critica! Amigos míos, la mayor marca de esterilidad espiritual es el amontonamiento de hechos. La sublime comedia del *Misántropo* prueba que el Arte consiste en construir un palacio sobre la punta de una aguja. El mito de mi idea está en la varita de las hadas que puede hacer de la llanura de Sablons, un Interlaken, en diez segundos (¡el tiempo de vaciar este vaso!). ¿Queréis que os haga un relato que vaya como una bala de cañón, un informe de

general en jefe? Charlamos, reímos, este periodista, biblióforo en ayunas, quiere, cuando está ebrio, que dé a mi lengua el tonto paso de un libro (fingió llorar). ¡Ay de la imaginación francesa, se quiere despuntar las agujas de su broma! *Dies iræ*. Lloremos a *Cándido*, y viva la *Crítica de la razón pura*, la simbólica, y los sistemas en cinco volúmenes compactos, impresos por alemanes que no los sabían en París desde 1750, en unas pocas palabras finas, los diamantes de nuestra inteligencia nacional. ¡Blondet conduce el cortejo de su suicidio, él que hace en su periódico las últimas palabras de todos los grandes hombres que se nos mueren sin decir nada!

—Sigue tu marcha —dijo Finot.

—He querido explicaros en qué consiste la felicidad de un hombre que no es accionista (¡una cortesía a Couture!). ¡Pues bien!, ¿no veis ahora a qué precio Godefroid se procuró la felicidad más extensa que pueda soñar un joven?... ¡Estudiaba a Isaure para estar seguro de ser comprendido!..... Las cosas que se comprenden las unas a las otras deben ser similares. Ahora bien, no hay semejantes a sí mismos más que la nada y el infinito: la nada es la estupidez, el genio es el infinito. Estos dos amantes se escribían las cartas más estúpidas del mundo, reenviándose en papel perfumado palabras de moda: «¡ángel! ¡arpa eólica! ¡contigo seré completo! ¡hay un corazón en mi pecho de hombre! ¡débil mujer! ¡pobre de mí!», toda la ropavejería del corazón moderno. Godefroid permanecía apenas diez minutos en un salón, charlaba sin ninguna pretensión con las mujeres, ellas lo encontraron entonces muy ingenioso. Era de los que no tienen otro ingenio que el que se les presta. En fin, juzgad su absorción: Joby, sus caballos, sus coches se convirtieron en cosas secundarias en su existencia. No era feliz más que hundido en su buena butaca frente a la baronesa, en el rincón de esa chimenea de mármol verde antiguo, ocupado en ver a Isaure, en tomar té charlando con el pequeño círculo de amigos que venían todas las noches entre las once y la medianoche, a la calle Joubert, y donde se podía siempre jugar a la *bouillotte* sin temor: yo siempre he ganado allí. Cuando Isaure había adelantado su bonito pie calzado con un zapato de raso negro y Godefroid lo había mirado largo

tiempo, él se quedaba el último y decía a Isaure: «Dame tu zapato.....». Isaure levantaba el pie, lo posaba sobre una silla, se quitaba el zapato, se lo daba lanzándole una mirada, una de esas miradas... en fin, ¡ya comprendéis!

Godefroid terminó por descubrir un gran misterio en Malvina. Cuando du Tillet llamaba a la puerta, el rubor vivo que coloreaba las mejillas de Malvina, decía: «¡Ferdinand!». Al mirar a este tigre de dos patas, los ojos de la pobre chica se encendían como un brasero sobre el que afluye una corriente de aire; traicionaba un placer infinito cuando Ferdinand se la llevaba para hacer un aparte cerca de una consola o de una ventana. ¡Qué raro y hermoso es, una mujer lo bastante enamorada para volverse ingenua y dejar leer en su corazón! Dios mío, es tan raro en París, como la flor que canta lo es en las Indias. A pesar de esta amistad comenzada desde el día en que los d'Aldrigger aparecieron en casa de los Nucingen, Ferdinand no se casaba con Malvina. Nuestro feroz amigo du Tillet no había parecido celoso de la corte asidua que Desroches hacía a Malvina, pues para terminar de pagar su Cargo con una dote que no parecía ser menor de cincuenta mil escudos, había fingido amor, ¡él, hombre de Palacio! Aunque profundamente humillada por la despreocupación de du Tillet, Malvina lo amaba demasiado para cerrarle la puerta. En esta chica, todo alma, todo sentimiento, todo expansión, tan pronto el orgullo cedía al amor, tan pronto el amor ofendido dejaba al orgullo tomar la delantera. Calma y frío, nuestro amigo Ferdinand aceptaba esta ternura, la respiraba con las tranquilas delicias del tigre lamiendo la sangre que le tiñe la boca; venía a buscar las pruebas, no pasaba dos días sin mostrarse por la calle Joubert. El bribón poseía entonces alrededor de un millón ochocientos mil francos, la cuestión de fortuna debía ser poca cosa a sus ojos, y había resistido no solo a Malvina, sino a los barones de Nucingen y de Rastignac, que, ambos, le habían hecho hacer setenta y cinco leguas por día, a cuatro francos de guía, postillón delante, y sin hilo en los laberintos de su astucia.

Godefroid no pudo evitar hablar a su futura cuñada de la situación ridícula en que se encontraba entre un banquero y un procurador.

—Queréis sermonearme a propósito de Ferdinand, saber el secreto que hay entre nosotros —dijo ella con franqueza—. Querido Godefroid, no volváis a ello nunca. El nacimiento de Ferdinand, sus antecedentes, su fortuna no tienen nada que ver, así que creed en algo extraordinario.

Sin embargo, unos días después, Malvina tomó a Beaudenord aparte, y le dijo:

—No creo que el señor Desroches sea un hombre honesto (¡lo que es el instinto del amor!), quisiera casarse conmigo, y corteja a la hija de un tendero. Quisiera saber si soy un último recurso, si el matrimonio es para él un asunto de dinero.

A pesar de la profundidad de su ingenio, Desroches no podía adivinar a du Tillet, y temía verle casarse con Malvina. Así pues, el muchacho se había preparado una retirada, su posición era intolerable, ganaba apenas, hechos todos los gastos, los intereses de su deuda. Las mujeres no comprenden nada de esas situaciones. ¡Para ellas, el corazón es siempre millonario!

—Pero como ni Desroches ni du Tillet se casaron con Malvina —dijo Finot—, explícanos el secreto de Ferdinand.

—El secreto, helo aquí —respondió Bixiou—. Regla general: una joven que ha dado una sola vez su zapato, aunque lo rehúse durante diez años, jamás es desposada por aquel a quien...

—¡Tonterías! —dijo Blondet interrumpiendo—, se ama también porque se ha amado. El secreto, helo aquí: regla general, no os caséis siendo sargento, cuando podéis llegar a duque de Dantzick y mariscal de Francia. ¡Mirad qué alianza ha hecho du Tillet! Se ha casado con una de las hijas del conde de Grandville, una de las más viejas familias de la magistratura francesa.

—La madre de Desroches tenía una amiga —repuso Bixiou—, una mujer de un droguero, el cual droguero se había retirado orondo con una fortuna. Estos drogueros tienen ideas muy estrafalarias: para dar a su hija una buena educación, ¡la había metido en un

internado!... Este Matifat contaba con casar a su hija, por la razón de doscientos mil francos, en buen y bello dinero que no olera a droga.

—¿El Matifat de Florine? —dijo Blondet.

—¡Pues bien, sí, el de Lousteau, el nuestro, en fin! Esos Matifat, entonces perdidos para nosotros, habían venido a vivir a la calle del Cherche-Midi, el barrio más opuesto a la calle de los Lombardos donde habían hecho fortuna. ¡Yo los he cultivado, a los Matifat! Durante mi tiempo de galera ministerial, donde estaba apretado durante ocho horas al día entre necios de veintidós quilates, he visto originales que me han convencido de que la sombra tiene asperezas, ¡y de que en la mayor vulgaridad se pueden encontrar ángulos! Sí, querido, tal burgués es a tal otro lo que Rafael es a Natoire. La viuda Desroches había tramado desde hacía mucho este matrimonio para su hijo, a pesar del obstáculo enorme que presentaba un tal Cochin, hijo del socio comanditario de los Matifat, joven empleado en el Ministerio de Hacienda. A los ojos del señor y la señora Matifat, el estado de procurador parecía, según su expresión, ofrecer garantías para la felicidad de una mujer. Desroches se había prestado a los planes de su madre a fin de tener un último recurso. Mantenía pues contentos a los drogueros de la calle del Cherche-Midi. Para haceros comprender otro género de felicidad, habría que pintaros a estos dos comerciantes macho y hembra, gozando de un jardincillo, alojados en una hermosa planta baja, divirtiéndose mirando un surtidor de agua, delgado y largo como una espiga, que manaba perpetuamente y se lanzaba desde una pequeña mesa redonda de piedra lias, situada en medio de un estanque de seis pies de diámetro; levantándose de buena mañana para ver si las flores de su jardín habían crecido, ociosos e inquietos, vistiéndose por vestirse, aburriéndose en el teatro, y siempre entre París y Luzarches donde tenían una casa de campo y donde yo he cenado. Blondet, un día quisieron hacerme posar, les conté una historia desde las nueve de la noche hasta medianoche, ¡una aventura con episodios! Iba por la introducción de mi vigésimo noveno personaje (¡las novelas por entregas me han robado!), cuando el padre Matifat, que en calidad de dueño de la casa aguantaba todavía, roncó como los demás, tras

haber parpadeado durante cinco minutos. Al día siguiente, todos me hicieron cumplidos sobre el desenlace de mi historia. Estos tenderos tenían por sociedad al señor y la señora Cochin, a Adolphe Cochin, a la señora Desroches, a un pequeño Popinot, droguero en ejercicio, que les daba noticias de la calle de los Lombardos (¡un hombre conocido tuyo, Finot!). La señora Matifat, que amaba las Artes, compraba litografías, cromolitografías, dibujos coloreados, todo lo que había más barato. El señor Matifat se distraía examinando las nuevas empresas y tratando de jugar algunos capitales, a fin de sentir emociones (Florine le había curado del género Regencia). Una sola palabra os hará comprender la profundidad de mi Matifat. El buen hombre deseaba así las buenas noches a sus sobrinas: «¡Idos a la cama, mis sobrinas!»». Tenía miedo, decía, de afligirlas tratándolas de usted. Su hija era una joven sin modales, con el aspecto de una camarera de buena casa, tocando tal que cual una sonata, con una bonita letra inglesa, sabiendo el francés y la ortografía, en fin, una completa educación burguesa. Estaba bastante impaciente por casarse, a fin de dejar la casa paterna, donde se aburría como un oficial de marina en la guardia de noche; hay que decir también que la guardia duraba todo el día. Desroches o Cochin hijo, un notario o un guardia de corps, un falso lord inglés, cualquier marido le venía bien. Como evidentemente no sabía nada de la vida, tuve piedad de ella, quise revelarles su gran misterio. ¡Bah! Los Matifat me cerraron su puerta: los burgueses y yo no nos entenderemos jamás.

—Ella se casó con el general Gouraud —dijo Finot.

—En cuarenta y ocho horas, Godefroid de Beaudenord, el exdiplomático, adivinó a los Matifat y su intrigante corrupción —repuso Bixiou—. Por casualidad, Rastignac se encontraba en casa de la ligera baronesa charlando al rincón del fuego mientras Godefroid hacía su informe a Malvina. Algunas palabras llegaron a su oído, adivinó de qué se trataba, sobre todo por el aire agriamente satisfecho de Malvina. ¡Rastignac se quedó hasta las dos de la mañana, y dicen que es egoísta! Beaudenord se marchó cuando la baronesa se fue a acostar.

«Querida niña —dijo Rastignac a Malvina con tono bondadoso y paternal cuando estuvieron solos—, recordad que un pobre muchacho pesado de sueño ha tomado té para permanecer despierto hasta las dos de la mañana, a fin de poder deciros solemnemente: Casaos. No os hagáis la difícil, no os ocupéis de vuestros sentimientos, no penséis en el innoble cálculo de los hombres que tienen un pie aquí, un pie en casa de los Matifat, no reflexionéis en nada: icasaos! Para una chica, casarse es imponerse a un hombre que toma el compromiso de hacerla vivir en una posición más o menos feliz, pero donde la cuestión material está asegurada. Conozco el mundo: las jóvenes, las mamás y las abuelas son todas hipócritas al desbarrar sobre el sentimiento cuando se trata de matrimonio. Ninguna piensa en otra cosa que en una buena posición. Cuando su hija está bien casada, una madre dice que ha hecho un excelente negocio».

Y Rastignac le desarrolló su teoría sobre el matrimonio, que, según él, es una sociedad de comercio instituida para soportar la vida. «No os pido vuestro secreto —dijo al terminar a Malvina—, lo sé. Los hombres se dicen todo entre ellos, como vosotras cuando salís después de la cena. ¡Pues bien, he aquí mi última palabra: casaos! Si no os casáis, recordad que yo os he suplicado aquí, esta noche, ¡que os caséis!».

Rastignac hablaba con cierto acento que imponía, no la atención, sino la reflexión. Su insistencia era de naturaleza a sorprender. Malvina fue entonces tan bien herida en lo vivo de la inteligencia, allí donde Rastignac había querido alcanzarla, que pensaba en ello todavía al día siguiente, y buscaba inútilmente la causa de este consejo.

—No veo, en todas esas peonzas que lanzas, nada que se parezca al origen de la fortuna de Rastignac, y nos tomas por unos Matifat multiplicados por seis botellas de vino de Champaña —exclamó Couture.

—Ya estamos —exclamó Bixiou—. ¡Habéis seguido el curso de todos los pequeños arroyos que han hecho las cuarenta mil libras de

renta a las cuales tanta gente tiene envidia! Rastignac tenía entonces entre sus manos el hilo de todas esas existencias.

—Desroches, los Matifat, Beaudenord, los d'Aldrigger, d'Aiglemont.

—¡Y de otros cien!... —dijo Bixiou.

—¡Veamos! ¿Cómo? —exclamó Finot—. Sé muchas cosas, y no vislumbro la clave de este enigma.

—Blondet os ha dicho a grandes rasgos las dos primeras liquidaciones de Nucingen, he aquí la tercera en detalle —repuso Bixiou—. Desde la paz de 1815, Nucingen había comprendido lo que nosotros no comprendemos hasta hoy: que el dinero no es una potencia más que cuando está en cantidades desproporcionadas. Envidiaba secretamente a los hermanos Rothschild. Poseía cinco millones, ¡quería diez! Con diez millones, sabía que podía ganar treinta, y no habría tenido más que quince con cinco. ¡Había pues resuelto operar una tercera liquidación! Este gran hombre pensaba entonces pagar a sus acreedores con valores ficticios, guardando su dinero. En la plaza, una concepción de este género no se presenta bajo una expresión tan matemática. Una liquidación semejante consiste en dar un pastelito por un luis de oro a niños grandes que, como los niños pequeños de antaño, prefieren el pastel a la moneda, sin saber que con la moneda pueden tener doscientos pasteles.

—¿Pero qué dices ahí, Bixiou? —exclamó Couture—, nada es más leal, no pasa hoy una semana sin que se presenten pasteles al público pidiéndole un luis. ¿Pero está el público forzado a dar su dinero? ¿No tiene el derecho de informarse?

—Preferiríais que se le obligara a ser accionista —dijo Blondet.

—No —dijo Finot—, ¿dónde estaría el talento?

—Eso es muy fuerte para Finot —dijo Bixiou.

—¿Quién le ha dicho esa frase? —preguntó Couture.

—En fin —repuso Bixiou—, Nucingen había tenido dos veces la suerte de dar, sin quererlo, un pastel que había resultado valer más

de lo que había recibido. Esta desgraciada suerte le causaba remordimientos. Semejantes suertes terminan por matar a un hombre. Esperaba desde hacía diez años la ocasión de no equivocarse más, de crear valores que tuvieran el aspecto de valer algo y que...

—Pero —dijo Couture—, explicando así la Banca, ningún comercio es posible. Más de un banquero leal ha persuadido, bajo la aprobación de un Gobierno leal, a los más finos bolsistas de tomar fondos que debían, en un tiempo dado, encontrarse depreciados. ¡Habéis visto cosas mejores que esa! ¿No se han emitido, siempre con el consentimiento, con el apoyo de los Gobiernos, valores para pagar los intereses de ciertos fondos, a fin de mantener su cotización y poder deshacerse de ellos? Estas operaciones tienen más o menos analogía con la liquidación a lo Nucingen.

—En pequeño —dijo Blondet—, el asunto puede parecer singular; pero en grande, es alta finanza. Hay actos arbitrarios que son criminales de individuo a individuo, los cuales llegan a nada cuando se extienden a una multitud cualquiera, como una gota de ácido prúsico se vuelve inocente en una cubeta de agua. Matáis a un hombre, os guillotinan. Pero con una convicción gubernamental cualquiera, matáis a quinientos hombres, se respeta el crimen político. Tomáis cinco mil francos de mi escritorio, vais a presidio. Pero con el picante de una ganancia a realizar hábilmente puesta en la boca de mil bolsistas, los forzáis a tomar las rentas de no sé qué república o monarquía en quiebra, emitidas, como dice Couture, para pagar los intereses de esas mismas rentas: nadie puede quejarse. ¡He ahí los verdaderos principios de la edad de oro en que vivimos!

—La puesta en escena de una máquina tan vasta —repuso Bixiou—, exigía muchos títeres. Primero la casa Nucingen había empleado a sabiendas y a propósito sus cinco millones en un negocio en América, cuyos beneficios habían sido calculados de manera que volvieran demasiado tarde. Se había desguarnecido con premeditación. Toda liquidación debe ser motivada. La casa poseía

en fondos particulares y en valores emitidos alrededor de seis millones. Entre los fondos particulares se encontraban los trescientos mil de la baronesa d'Aldrigger, los cuatrocientos mil de Beaudenord, un millón de d'Aiglemont, trescientos mil de Matifat, medio millón de Charles Grandet, el marido de la señorita d'Aubrion, etc. Creando él mismo una empresa industrial por acciones, con las cuales se proponía desinteresar a sus acreedores mediante maniobras más o menos hábiles, Nucingen habría podido ser sospechoso, pero actuó con más finura: ¡hizo crear por otro!... esa máquina destinada a jugar el papel del Misisipi del sistema de Law. Lo propio de Nucingen es hacer servir a la gente más hábil de la plaza a sus proyectos, sin comunicárselos. Nucingen dejó pues escapar ante du Tillet la idea piramidal y victoriosa de combinar una empresa por acciones constituyendo un capital bastante fuerte para poder pagar muy grandes intereses a los accionistas durante los primeros tiempos. Ensayada por primera vez, en un momento en que abundaban capitales necios, esta combinación debía producir un alza sobre las acciones, y por consiguiente un beneficio para el banquero que las emitiera. Pensad que esto es de 1826. Aunque impresionado por esta idea, tan fecunda como ingeniosa, du Tillet pensó naturalmente que si la empresa no tenía éxito, habría alguna culpa. Así sugirió poner delante a un director visible de esta máquina comercial. ¡Conocéis hoy el secreto de la casa Claparon fundada por du Tillet, una de sus más bellas invenciones!...

—Sí —dijo Blondet—, el editor responsable en finanzas, el agente provocador, el chivo expiatorio; pero hoy somos más fuertes, ponemos: *Dirigirse a la administración de la cosa, tal calle, tal número*, donde el público encuentra empleados con gorras verdes, bonitos como alguaciles.

—Nucingen había apoyado la casa Charles Claparon con todo su crédito —repuso Bixiou—. Se podía arrojar sin temor sobre algunas plazas un millón de papel Claparon. Du Tillet propuso pues poner a su casa Claparon por delante. Adoptado. En 1825, el Accionista no estaba mimado en las concepciones industriales. ¡El fondo de maniobra era desconocido! Los Gerentes no se obligaban a no emitir

sus acciones beneficiarias, no depositaban nada en el Banco, no garantizaban nada. ¡No se dignaban explicar la sociedad comanditaria diciendo al Accionista que se tenía la bondad de no pedirle más de mil, de quinientos, o incluso de doscientos cincuenta francos! No se publicaba que la experiencia *in ære publico* no duraría más que siete años, cinco años, o incluso tres años, y que así el desenlace no se haría esperar mucho tiempo. ¡Era la infancia del arte! Ni siquiera se había hecho intervenir la publicidad de esos gigantescos anuncios por los cuales se estimulan las imaginaciones, pidiendo dinero a todo el mundo...

—Eso sucede cuando nadie quiere darlo —dijo Couture.

—En fin, la competencia en esta clase de empresas no existía —repuso Bixiou—. Los fabricantes de papel maché, de impresiones sobre indianas, los laminadores de zinc, los Teatros, los Periódicos no se lanzaban como perros a la jauría del accionista expirante. Los bellos negocios por acciones, como dice Couture, tan ingenuamente publicados, apoyados por informes de gente experta (¡los príncipes de la ciencia!...), se trataban vergonzosamente en el silencio y en la sombra de la Bolsa. Los *Loups-Cerviers* (Linces/Especuladores) ejecutaban, financieramente hablando, el aria de la calumnia del *Barbero de Sevilla*. Iban *piano, piano*, procediendo mediante ligeros chismes, sobre la bondad del negocio, dichos de oído a oído. No explotaban al paciente, el accionista, más que a domicilio, en la Bolsa, o en el mundo, mediante ese rumor hábilmente creado y que crecía hasta el *tutti* de una Cotización de cuatro cifras...

—Pero, aunque estemos entre nosotros y podamos decirlo todo, vuelvo sobre eso —dijo Couture.

—¿Sois orfebre, señor Josse? —dijo Finot.

—Finot seguirá siendo clásico, constitucional y peluca —dijo Blondet.

—Sí, soy orfebre —repuso Couture, por cuya cuenta Cérizet acababa de ser condenado en Policía Correccional—. Sostengo que el nuevo método es infinitamente menos traicionero, más leal,

menos asesino que el antiguo. La publicidad permite la reflexión y el examen. Si algún accionista es engullido, ha venido a propósito, no se le ha vendido gato por liebre. La Industria...

—¡Vamos, ahí está la Industria! —exclamó Bixiou.

—La Industria gana con ello —dijo Couture sin hacer caso a la interrupción—. Todo Gobierno que se mezcla en el Comercio y no lo deja libre, emprende una costosa tontería: llega o al Máximo o al Monopolio. En mi opinión, inada es más conforme a los principios sobre la libertad de comercio que las Sociedades por acciones! Tocirlas es querer responder del capital y de los beneficios, lo cual es estúpido. ¡En todo negocio, los beneficios están en proporción con los riesgos! ¡Qué le importa al Estado la manera en que se obtiene el movimiento rotatorio del dinero, con tal de que esté en una actividad perpetua! ¿Qué importa quién es rico, quién es pobre, si hay siempre la misma cantidad de ricos imposables? Por lo demás, hace veinte años que las Sociedades por acciones, las comanditarias, primas bajo todas las formas, están en uso en el país más comercial del mundo, en Inglaterra, donde todo se discute, donde las Cámaras ponen mil o mil doscientas leyes por sesión, y donde jamás un miembro del Parlamento se ha levantado para hablar contra el método...

—¡Curativo de las arcas llenas, y por los vegetales! —dijo Bixiou—, ¡las zanahorias! (tretas).

—¡Veamos! —dijo Couture inflamado—. Tenéis diez mil francos, tomáis diez acciones de mil cada una en diez empresas diferentes. Sois robado nueve veces... (¡Eso no es así! ¡El público es más fuerte que quienquiera que sea! Pero lo supongo) ¡un solo negocio tiene éxito! (¡por casualidad! —¡De acuerdo! —¡No se ha hecho a propósito! —¡Venga! ¿Bromeáis?). ¡Pues bien!, el jugador lo bastante sabio para dividir así sus masas, encuentra una soberbia inversión, como la han encontrado los que han tomado las acciones de las minas de Wortschin. Señores, confesemos entre nosotros que la gente que grita son hipócritas desesperados por no tener ni la idea de un negocio, ni la potencia de proclamarlo, ni la habilidad de

explotarlo. La prueba no se hará esperar. Dentro de poco veréis a la Aristocracia, a la gente de la corte, a los Ministeriales descendiendo en columnas cerradas a la Especulación, y avanzando manos más ganchudas y encontrando ideas más tortuosas que las nuestras, sin tener nuestra superioridad. ¿Qué cabeza hace falta para fundar un negocio en una época en que la avidez del accionista es igual a la del inventor? ¡Qué gran magnetizador debe ser el hombre que crea un Claparon, que encuentra expedientes nuevos! ¿Sabéis la moraleja de esto? ¡Nuestro tiempo vale más que nosotros! Vivimos en una época de avidez donde uno no se inquieta por el valor de la cosa, si puede ganar pasándola al vecino: ¡se pasa al vecino porque la avidez del Accionista que cree en una ganancia, es igual a la del Fundador que se la propone!

—¡Qué hermoso es, Couture, qué hermoso es! —dijo Bixiou a Blondet—, va a pedir que se le levanten estatuas como a un bienhechor de la humanidad.

—Habría que llevarle a concluir que el dinero de los tontos es por derecho divino el patrimonio de la gente de ingenio —dijo Blondet.

—Señores —repuso Couture—, riamos aquí por toda la seriedad que guardaremos en otra parte cuando oigamos hablar de las respetables estupideces que consagran las leyes hechas de improviso.

—Tiene razón. ¡Qué tiempo, señores —dijo Blondet—, qué tiempo aquel donde en cuanto aparece el fuego de la inteligencia, se apaga rápido por la aplicación de una ley de circunstancia! Los legisladores, salidos casi todos de un pequeño distrito donde han estudiado la sociedad en los periódicos, encierran entonces el fuego en la máquina. ¡Cuando la máquina salta, llegan los llantos y el rechinar de dientes! ¡Un tiempo donde no se hacen más que leyes fiscales y penales! La gran palabra de lo que pasa, ¿la queréis? ¡Ya no hay religión en el Estado!

—¡Ah! —dijo Bixiou—, ¡bravo, Blondet! Has puesto el dedo en la llaga de Francia, la Fiscalidad que ha quitado más conquistas a

nuestro país que las vejaciones de la guerra. En el Ministerio donde hice seis años de galeras, acoplado con burgueses, había un empleado, hombre de talento, que había resuelto cambiar todo el sistema de finanzas. ¡Ah! Bien, lo hemos destituido bonitamente. Francia hubiera sido demasiado feliz, se habría divertido reconquistando Europa, y nosotros hemos actuado por el reposo de las naciones: ¡lo maté con una caricatura!

—Cuando digo la palabra religión, no quiero decir una sermoneo, entiendo la palabra en gran política —repuso Blondet.

—Explícate —dijo Finot.

—He aquí —repuso Blondet—. Se ha hablado mucho de los asuntos de Lyon, de la República cañoneada en las calles, nadie ha dicho la verdad. La República se había apoderado del motín como un insurgente se apodera de un fusil. La verdad, os la doy por curiosa y profunda. El comercio de Lyon es un comercio sin alma, que no hace fabricar una vara de seda sin que esté encargada y el pago sea seguro. Cuando el pedido se detiene, el obrero muere de hambre, gana apenas para vivir trabajando, los forzados son más felices que él. Tras la revolución de julio, la miseria llegó a tal punto que los *Canuts* (tejedores de seda) izaron la bandera: *¡Pan o muerte!* una de esas proclamas que el gobierno habría debido estudiar, era producida por la carestía de la vida en Lyon. Lyon quiere construir teatros y convertirse en una capital, de ahí arbitrios insensatos. Los republicanos olieron esta revuelta a propósito del pan, y organizaron a los *Canuts* que se batieron por partida doble. Lyon tuvo sus tres días, pero todo volvió al orden, y el *Canut* a su cuchitril. El *Canut*, probó hasta entonces, devolviendo en tela la seda que se le pesaba en fardos, puso la probidad en la puerta pensando que los comerciantes lo victimizaban, y puso aceite en sus dedos: devolvió peso por peso, pero vendió la seda representada por el aceite, y el comercio de las sederías francesas se vio infestado de telas engrasadas, lo que habría podido acarrear la pérdida de Lyon y la de una rama de comercio francés. Los fabricantes y el gobierno, en lugar de suprimir la causa del mal, hicieron, como ciertos médicos,

volver el mal hacia dentro mediante un violento tónico. Había que enviar a Lyon a un hombre hábil, uno de esos que llaman inmorales, un abad Terray, ipero se vio el lado militar! Los disturbios produjeron pues los *gros de Naples* (tela de seda) a cuarenta sueldos la vara. Esos *gros de Naples* se venden hoy, se puede decir, y los fabricantes han inventado sin duda no sé qué medio de control. Este sistema de fabricación sin previsión debía llegar en un país donde Richard Lenoir, uno de los más grandes ciudadanos que Francia ha tenido, se arruinó por haber hecho trabajar a seis mil obreros sin pedido, haberlos alimentado, y haber encontrado ministros tan estúpidos para dejarle sucumbir a la revolución que 1814 hizo en el precio de los tejidos. He ahí el único caso en que el comerciante merece una estatua. ¡Pues bien!, este hombre es hoy el objeto de una suscripción sin suscriptores, mientras que se ha dado un millón a los hijos del general Foy. Lyon es consecuente: conoce a Francia, ella carece de todo sentimiento religioso. La historia de Richard Lenoir es una de esas faltas que Fouché encontraba peor que un crimen.

—Si en la manera en que los negocios se presentan —repuso Couture volviendo al punto donde estaba antes de la interrupción—, hay un tinte de charlatanismo, palabra que se ha vuelto infamante y puesta a horcajadas sobre el muro medianero de lo justo y de lo injusto, pues yo pregunto dónde empieza, dónde acaba el charlatanismo, ¿qué es el charlatanismo? ¡Hacedme el favor de decirme quién no es charlatán! ¿Veamos? ¡Un poco de buena fe, el ingrediente social más raro! El comercio que consistiera en ir a buscar por la noche lo que se vendería durante el día sería un sinsentido. Un vendedor de cerillas tiene el instinto del acaparamiento. Acaparar la mercancía es el pensamiento del tendero de la calle Saint-Denis llamado el más virtuoso, como del especulador llamado el más descarado. Cuando los almacenes están llenos, hay necesidad de vender. Para vender, hay que encender al cliente, de ahí el letrero de la Edad Media y hoy ¡el Prospecto! Entre llamar al cliente y forzarlo a entrar, a consumir, ¡no veo la diferencia de un cabello! Puede suceder, debe suceder, sucede a menudo que los comerciantes atrapan mercancías averiadas, pues el vendedor

engaña incesantemente al comprador. ¡Pues bien!, consultad a la gente más honesta de París, a los notables comerciantes en fin... todos os contarán triunfalmente la jugarreta que inventaron entonces para dar salida a su mercancía cuando se la habían vendido mala. La famosa casa Minard empezó por ventas de este género. La calle Saint-Denis no os vende más que un vestido de seda engrasada, no puede más que eso. Los comerciantes más virtuosos os dicen con el aire más cándido esa frase de la impropiedad más desenfrenada: *Uno sale de un mal negocio como puede*. Blondet os ha hecho ver los asuntos de Lyon en sus causas y sus consecuencias; yo, voy a la aplicación de mi teoría mediante una anécdota. Un obrero de lana, ambicioso y acribillado de hijos por una mujer demasiado amada, cree en la República. Mi muchacho compra lana roja, y fabrica esas gorras de lana tejida que habéis podido ver en la cabeza de todos los pilluelos de París, y vais a saber por qué. La República es vencida. Después del asunto de Saint-Méry, las gorras eran invendibles. Cuando un obrero se encuentra en su casa con mujer, hijos y diez mil gorras de lana roja que ya no quieren los sombrereros de ningún bando, se le pasan por la cabeza tantas ideas como le pueden venir a un banquero atiborrado de diez millones de acciones para colocar en un negocio del que desconfía. ¿Sabéis lo que hizo el obrero, ese Law de arrabal, ese Nucingen de las gorras? Fue a buscar a un dandi de taberna, uno de esos bromistas que son la desesperación de los guardias municipales en los bailes campestres de las Barreras, y le rogó que jugara el papel de un capitán americano pacotillero, alojado en el hotel Meurice, de ir a desear diez mil gorras de lana roja, a casa de un rico sombrerero que tenía todavía una en su escaparate. El sombrerero huele un negocio con América, corre a casa del obrero, y se lanza al contado sobre las gorras. Comprendéis: no más capitán americano, pero muchas gorras. Atacar la libertad comercial a causa de estos inconvenientes, sería atacar a la Justicia so pretexto de que hay delitos que no castiga, o acusar a la Sociedad de estar mal organizada a causa de las desgracias que engendra. ¡De las gorras y de la calle Saint-Denis, a las Acciones y a la Banca, concluid!

—¡Couture, una corona! —dijo Blondet poniéndole su servilleta retorcida sobre su cabeza—. Voy más lejos, señores. Si hay vicio en la teoría actual, ¿de quién es la culpa? ¡De la Ley! ¡De la Ley tomada en su sistema entero, de la legislación! ¡De esos grandes hombres de Distrito que la Provincia envía hinchados de ideas morales, ideas indispensables en la conducta de la vida a menos de pelearse con la justicia, pero estúpidas en cuanto impiden a un hombre elevarse a la altura donde debe mantenerse el legislador! Que las leyes prohíban a las pasiones tal o cual desarrollo (el juego, la lotería, las Ninón de la calle, todo lo que queráis), jamás extirparán las pasiones. Matar las pasiones, sería matar la Sociedad, que, si no las engendra, al menos las desarrolla. Así trabajáis con restricciones las ganas de jugar que yacen en el fondo de todos los corazones, en la joven, en el hombre de provincia, como en el diplomático, pues todo el mundo desea una fortuna *gratis*, el Juego se ejerce al instante en otras esferas. Suprimís estúpidamente la Lotería, las cocineras no roban menos a sus amos, llevan sus robos a una Caja de Ahorros, y la apuesta es para ellas de doscientos cincuenta francos en lugar de ser de cuarenta sueldos, pues las acciones industriales, las comanditarias, se convierten en la Lotería, el Juego sin tapete, pero con un rastrillo invisible y un recargo calculado. Los Juegos están cerrados, la Lotería ya no existe, ¡he ahí a Francia mucho más moral, gritan los imbéciles, como si hubieran suprimido a los jugadores! ¡Se juega siempre! Solo que el beneficio ya no es para el Estado, que reemplaza un impuesto pagado con placer por un impuesto molesto, sin disminuir los suicidios, pues el jugador no muere, ¡sino más bien su víctima! No os hablo de los capitales en el extranjero, perdidos para Francia, ni de las loterías de Fráncfort, ¡contra cuya venta ambulante la Convención había decretado la pena de muerte, y a la cual se entregaban los procuradores-síndicos! He ahí el sentido de la necia filantropía de nuestro legislador. El estímulo dado a las Cajas de Ahorros es una gran tontería política. Suponed una inquietud cualquiera sobre la marcha de los negocios, el gobierno habrá creado la cola del dinero, como se creó en la Revolución la cola del pan. Tantas cajas, tantos motines. Si en un rincón tres pilluelos izan una sola bandera, he ahí una revolución. Un gran político debe ser

un malvado abstracto, sin lo cual las Sociedades son mal llevadas. Un político hombre honesto es una máquina de vapor que sintiera, o un piloto que hiciera el amor llevando el timón: el barco se hunde. Un primer ministro que toma cien millones y que hace a Francia grande y feliz, ¿no es preferible a un ministro enterrado a costa del Estado, pero que ha arruinado a su país? Entre Richelieu, Mazarino, Potemkin, ricos los tres en cada época en trescientos millones, y el virtuoso Robert Lindet, que no supo sacar partido ni de los asignados, ni de los Bienes Nacionales, o los virtuosos imbéciles que perdieron a Luis XVI, ¿dudaríais? Sigue tu marcha, Bixiou.

—No os explicaré —repuso Bixiou— la naturaleza de la empresa inventada por el genio financiero de Nucingen, sería tanto más inconveniente cuanto que existe todavía hoy, sus acciones se cotizan en la Bolsa; las combinaciones eran tan reales, el objeto de la empresa tan vivaz, que, creadas con el capital nominal de mil francos, establecidas por una Ordenanza real, bajadas a trescientos francos, han vuelto a subir a setecientos francos, y llegarán a la par tras haber atravesado las tormentas de los años 27, 30 y 32. La crisis financiera de 1827 las hizo flaquear, la Revolución de Julio las abatió, pero el negocio tiene realidades en el vientre (Nucingen no sabría inventar un mal negocio). En fin, como varias casas de banca de primer orden participaron en ella, no sería parlamentario entrar en más detalles. El capital nominal fue de diez millones, capital real siete, tres millones pertenecían a los fundadores y a los banqueros encargados de la emisión de las acciones. Todo fue calculado para hacer llegar en los seis primeros meses la acción a ganar doscientos francos, mediante la distribución de un falso dividendo. Por tanto veinte por ciento sobre diez millones. El interés de du Tillet fue de quinientos mil francos. ¡En el vocabulario financiero, este pastel se llama *parte de tragón*! Nucingen se proponía operar con sus millones hechos de una mano de papel rosa con la ayuda de una piedra litográfica, bonitas pequeñas acciones para colocar, preciosamente conservadas en su gabinete. Las acciones reales iban a servir para fundar el negocio, comprar un magnífico palacete y comenzar las operaciones. Nucingen se encontraba todavía acciones en no sé qué

minas de plomo argentífero, en minas de hulla y en dos canales, acciones beneficiarias concedidas para la puesta en escena de esas cuatro empresas en plena actividad, superiormente montadas y en favor, por medio del dividendo tomado sobre el capital. Nucingen podía contar con un agiotaje si las acciones subían, pero el barón lo descuidó en sus cálculos, lo dejaba a flor de agua, en la plaza, a fin de atraer a los peces! Había pues amontonado sus valores, como Napoleón amontonaba sus soldados, a fin de liquidar durante la crisis que se dibujaba y que revolucionó, en el 26 y 27, las plazas europeas. Si hubiera tenido a su príncipe de Wagram, habría podido decir como Napoleón desde lo alto del Santon: ¡Examinad bien la plaza, tal día, a tal hora, habrá allí fondos esparcidos! ¿Pero a quién podía confiarse? Du Tillet no sospechó su complicidad involuntaria. Las dos primeras liquidaciones habían demostrado a nuestro potente barón la necesidad de ligarse a un hombre que pudiera servirle de pistón para actuar sobre el acreedor. Nucingen no tenía sobrino, no osaba tomar confidente, le hacía falta un hombre devoto, un Claparon inteligente, dotado de buenos modales, un verdadero diplomático, un hombre digno de ser ministro y digno de él. Semejantes relaciones no se forman ni en un día, ni en un año. Rastignac había sido entonces tan bien engatusado por el barón que, como el príncipe de la Paz, que era tan amado por el rey como por la reina de España, creía haber conquistado en Nucingen a un precioso incauto. Después de haber reído de un hombre cuyo alcance le fue largo tiempo desconocido, había terminado por profesarle un culto grave y serio al reconocer en él la fuerza que él creía poseer solo. Desde su debut en París, Rastignac fue conducido a despreciar la sociedad entera. Desde 1820, pensaba, como el barón, que no hay más que apariencias de hombre honesto, y miraba el mundo como la reunión de todas las corrupciones, de todas las bribonerías. Si admitía excepciones, condenaba a la masa: no creía en ninguna virtud, sino en circunstancias donde el hombre es virtuoso. Esta ciencia fue asunto de un momento; fue adquirida en la cima del Père-Lachaise, el día en que conducía allí a un pobre hombre honesto, el padre de su Delphine, muerto siendo el incauto de nuestra sociedad, de los sentimientos más verdaderos, y

abandonado por sus hijas y por sus yernos. Resolvió jugar a todo ese mundo, y mantenerse en él con gran traje de virtud, de probidad, de bellos modales. El Egoísmo armó de pies a cabeza a este joven noble. Cuando el muchacho encontró a Nucingen revestido de la misma armadura, lo estimó como en la Edad Media, en un torneo, un caballero damasquinado de la cabeza a los pies, montado sobre un caballo berberisco, hubiera estimado a su adversario equipado, montado como él. Pero se ablandó durante algún tiempo en las delicias de Capua. La amistad de una mujer como la baronesa de Nucingen es de naturaleza a hacer abjurar todo egoísmo. Tras haber sido engañada una primera vez en sus afectos al encontrar una mecánica de Birmingham, como era el difunto de Marsay, Delphine debió experimentar, por un hombre joven y lleno de las religiones de la provincia, un apego sin límites. Esta ternura reaccionó sobre Rastignac. Cuando Nucingen hubo pasado al amigo de su mujer el arnés que todo explotador pone a su explotado, lo que ocurrió precisamente en el momento en que meditaba su tercera liquidación, le confió su posición, mostrándole como una obligación de su intimidad, como una reparación, el papel de compinche que debía tomar y jugar. El barón juzgó peligroso iniciar a su colaborador conyugal en su plan. Rastignac creyó en una desgracia, y el barón le dejó creer que salvaba la tienda. Pero cuando una madeja tiene tantos hilos, se hacen nudos. Rastignac tembló por la fortuna de Delphine: estipuló la independencia de la baronesa, exigiendo una separación de bienes, jurándose a sí mismo saldar su cuenta con ella triplicándole su fortuna. Como Eugène no hablaba de sí mismo, Nucingen le suplicó aceptar, en caso de éxito completo, veinticinco acciones de mil francos cada una en las minas de plomo argentífero, ique Rastignac tomó para no ofenderle!

Nucingen había aleccionado a Rastignac la víspera de la velada en que nuestro amigo decía a Malvina que se casara. Al aspecto de las cien familias felices que iban y venían en París, tranquilas sobre su fortuna, los Godefroid de Beaudenord, los d'Aldrigger, los d'Aiglemont, etc., a Rastignac le entró un escalofrío como a un joven general que por primera vez contempla un ejército antes de la

batalla. La pobre pequeña Isaure y Godefroid, jugando al amor, ¿no representaban a Acis y Galatea bajo la roca que el gordo Polifemo va a hacer caer sobre ellos?...

—Ese mono de Bixiou —dijo Blondet—, tiene casi talento.

—¡Ah! Entonces ya no mariposeo —dijo Bixiou gozando de su éxito y mirando a sus oyentes sorprendidos—. Desde hacía dos meses —repuso tras esta interrupción—, Godefroid se entregaba a todas las pequeñas felicidades de un hombre que se casa. Se parece entonces a esos pájaros que hacen sus nidos en primavera, van y vienen, recogen briznas de paja, las llevan en su pico, y algodónan el domicilio de sus huevos. El futuro de Isaure había alquilado en la calle de la Planche un palacete de mil escudos, cómodo, conveniente, ni demasiado grande, ni demasiado pequeño. Iba todas las mañanas a ver a los obreros trabajando, y a vigilar allí las pinturas. Había introducido el *comfort*, la única cosa buena que hay en Inglaterra: calorífero para mantener una temperatura igual en la casa; mobiliario bien elegido, ni demasiado brillante, ni demasiado elegante; colores frescos y suaves al ojo, estores interiores y exteriores en todas las ventanas; platería, coches nuevos. Había hecho arreglar la cuadra, la guarnicionería, las cocheras donde Toby, Joby, Paddy se agitaba y coleaba como una marmota desencadenada, ipareciendo muy feliz de saber que habría mujeres en casa y una *lady*! Esta pasión del hombre que se pone en casa, que elige relojes, que viene a casa de su futura con los bolsillos llenos de muestras de telas, la consulta sobre el amueblamiento del dormitorio, que va, viene, trota, cuando va, viene y trota animado por el amor, es una de las cosas que más alegran a un corazón honesto y sobre todo a los proveedores. Y como nada gusta más al mundo que el matrimonio de un guapo joven de veintisiete años con una persona encantadora de veinte años que baila bien, Godefroid, embarazado por la canastilla, invitó a Rastignac y a la señora de Nucingen a desayunar, para consultarlos sobre este asunto mayor. Tuvo la excelente idea de rogar a su primo d'Aiglemont y a su mujer, así como a la señora de Serisy. A las mujeres de mundo les gusta

bastante disiparse una vez por casualidad en casa de los solteros, desayunar allí.

—Es su escapada escolar —dijo Blondet.

—Se debía ir a ver a la calle de la Planche el palacete de los futuros esposos —repuso Bixiou—. Las mujeres son para estas pequeñas expediciones como los ogros para la carne fresca, refrescan su presente con esta joven alegría que no está aún marchita por el goce. El cubierto fue puesto en el pequeño salón que, para el entierro de la vida de soltero, fue engalanado como un caballo de cortejo. El desayuno fue encargado de manera que ofreciera esos bonitos platos pequeños que a las mujeres les gusta comer, crujir, chupar por la mañana, tiempo en que tienen un apetito espantoso, sin querer confesarlo, pues parece que se comprometen diciendo: ¡Tengo hambre!

—«¿Y por qué tan solo?», dijo Godefroid al ver llegar a Rastignac.

—«La señora de Nucingen está triste, te contaré todo eso», respondió Rastignac que tenía un aspecto de hombre contrariado.

—«¿Pelea?...», exclamó Godefroid.

—«No», dijo Rastignac.

A las cuatro, voladas las mujeres al bosque de Boulogne, Rastignac se quedó en el salón, y miró melancólicamente por la ventana a Toby, Joby, Paddy, que se mantenía audazmente ante el caballo enganchado al tálburi, los brazos cruzados como Napoleón; no podía tenerlo en brida más que con su voz clara, y el caballo temía a Joby, Toby.

—«¡Y bien!, ¿qué tienes, mi querido amigo —dijo Godefroid a Rastignac—, estás sombrío, inquieto, tu alegría no es franca. ¡La felicidad incompleta te atenaza el alma! Es en efecto muy triste no estar casado en la Alcaldía y en la Iglesia con la mujer que se ama».

—«¿Tienes valor, querido, para oír lo que tengo que decirte, y sabrás reconocer hasta qué punto hay que tener afecto a alguien

para cometer la indiscreción de la que voy a hacerme culpable?», le dijo Rastignac con ese tono que se parece a un latigazo.

—«Qué», dijo Godefroid palideciendo.

—«Estaba triste por tu alegría, y no tengo corazón, viendo todos estos preparativos, esta felicidad en flor, para guardar un secreto semejante».

—«Di pues en tres palabras».

—«Júrame por tu honor que serás en esto mudo como una tumba».

—«Como una tumba».

—«Que si uno de tus parientes estuviera interesado en este secreto, no lo sabría».

—«No».

—«¡Pues bien!, Nucingen ha partido esta noche para Bruselas, hay que declarar la quiebra si no se puede liquidar. Delphine acaba de pedir esta misma mañana en el Palacio su separación de bienes. Puedes aún salvar tu fortuna».

—«¿Cómo?», dijo Godefroid sintiendo una sangre de hielo en las venas.

—«Escribe simplemente al barón de Nucingen una carta antedatada de quince días, por la cual le das la orden de emplear todos tus fondos en acciones (y le nombró la sociedad Claparon). Tienes quince días, un mes, tres meses tal vez para venderlas por encima del precio actual, ganarán todavía».

—«Pero d'Aiglemont que desayunaba con nosotros, d'Aiglemont que tiene en casa de Nucingen un millón».

—«Escucha, no sé si se encuentran bastantes de esas acciones para cubrirlo, y además, no soy su amigo, no puedo traicionar los secretos de Nucingen, no debes hablarle de ello. Si dices una palabra, me respondes de las consecuencias».

Godefroid permaneció durante diez minutos en la más perfecta inmovilidad.

—«¿Aceptas, sí o no?», le dijo despiadadamente Rastignac.

Godefroid tomó una pluma y tinta, escribió y firmó la carta que le dictó Rastignac.

—«¡Mi pobre primo!», exclamó.

—«Cada uno para sí», dijo Rastignac.

¡Y uno a la cazuela! —añadió al dejar a Godefroid.

Mientras Rastignac maniobraba en París, he aquí qué aspecto presentaba la Bolsa. Tengo un amigo de provincia, una bestia que me preguntaba al pasar por la Bolsa, entre las cuatro y las cinco, por qué esa reunión de charlatanes que van y vienen, qué pueden decirse, y por qué pasearse tras la irrevocable fijación de la cotización de los Efectos públicos. —«Amigo mío —le dije—, han comido, digieren; durante la digestión, hacen chismes sobre el vecino, sin eso no hay seguridad comercial en París. Allí se lanzan los negocios, y hay tal hombre, Palma, por ejemplo, cuya autoridad es semejante a la de Arago en la Academia real de las Ciencias. ¡Él dice que la especulación se haga, y la especulación está hecha!».

—Qué hombre, señores —dijo Blondet—, ese judío que posee una instrucción no universitaria, sino universal. En él, la universalidad no excluye la profundidad; lo que sabe, lo sabe a fondo; su genio es intuitivo en los negocios; es el gran refrendario de los linceos que dominan la plaza de París, y que no hacen una empresa más que cuando Palma la ha examinado. Es grave, escucha, estudia, reflexiona, y dice a su interlocutor que, vista su atención, lo cree atrapado: —«Eso no me va». Lo que encuentro más extraordinario, es que tras haber sido diez años socio de Werbrust, jamás se han levantado nubes entre ellos.

—Eso no ocurre más que entre gente muy fuerte y muy débil; todo lo que está entre los dos se disputa y no tarda en separarse enemigos —dijo Couture.

—Comprendéis —dijo Bixiou— que Nucingen había sabiamente y con mano hábil, lanzado bajo las columnas de la Bolsa un pequeño obús que estalló sobre las cuatro.

—«¿Sabéis una noticia grave? —dijo du Tillet a Werbrust atrayéndolo a un rincón—, Nucingen está en Bruselas, su mujer ha presentado al Tribunal una demanda de separación de bienes».

—«¿Sois su compinche para una liquidación?», dijo Werbrust sonriendo.

—«Nada de tonterías, Werbrust —dijo du Tillet—, conocéis a la gente que tiene su papel, escuchadme, tenemos un negocio que combinar. Las acciones de nuestra nueva sociedad ganan veinte por ciento, ganarán veinticinco a fin del trimestre, sabéis por qué, se distribuye un magnífico dividendo».

—«Astuto —dijo Werbrust—, vamos, seguid vuestro paso, sois un diablo que tenéis las garras largas, puntiagudas, y las hundís en mantequilla».

—«Pero dejadme decir pues, o no tendremos tiempo de operar. Acabo de encontrar mi idea al enterarme de la noticia, y he visto positivamente a la señora de Nucingen hecha un mar de lágrimas, tiene miedo por su fortuna».

—«¡Pobre pequeña!», dijo Werbrust con aire irónico.

—«¿Y bien?», repuso el antiguo judío de Alsacia interrogando a du Tillet que callaba.

—«¡Pues bien!, hay en mi casa mil acciones de mil francos que Nucingen me ha entregado para colocar, ¿comprendéis?».

—«¡Bien!».

—«Compremos a diez, a veinte por ciento de descuento, papel de la casa Nucingen por un millón, ganaremos una bella prima sobre este millón, pues seremos acreedores y deudores, ¡la confusión se operará! Pero actuemos finamente, los tenedores podrían creer que maniobramos en los intereses de Nucingen».

Werbrust comprendió entonces la jugada a hacer y estrechó la mano de du Tillet lanzándole la mirada de una mujer que gasta una broma a su vecina.

—«¡Pues bien!, ¿sabéis la noticia? —les dijo Martin Falleix—, ¿la casa Nucingen suspende?».

—«¡Bah! —respondió Werbrust—, no divulgéis eso, dejad a la gente que tiene su papel hacer sus negocios».

—«¿Sabéis la causa del desastre?...», dijo Claparon interviniendo.

—«Tú, tú no sabes nada —le dijo du Tillet—, no habrá el menor desastre, habrá un pago integral. Nucingen recomenzará los negocios y encontrará fondos tantos como quiera en mi casa. Sé la causa de la suspensión: ha dispuesto de todos sus capitales a favor de México que le devuelve metales, cañones españoles tan tontamente fundidos que se encuentra en ellos oro, campanas, platerías de iglesia, todas las demoliciones de la monarquía española en las Indias. El retorno de estos valores se retrasa. El querido barón está apurado, eso es todo».

—«Es verdad —dijo Werbrust—, yo tomo su papel a veinte por ciento de descuento».

La noticia circuló desde entonces con la rapidez del fuego sobre un pajar. Las cosas más contradictorias se decían. Pero había tal confianza en la casa Nucingen, siempre a causa de las dos precedentes liquidaciones, que todo el mundo guardaba el papel Nucingen.

—«Hace falta que Palma nos eche una mano», dijo Werbrust.

Palma era el oráculo de los Keller, atiborrados de valores Nucingen. Una palabra de alarma dicha por él bastaba. Werbrust obtuvo de Palma que tocara un toque de campana. Al día siguiente, la alarma reinaba en la Bolsa. Los Keller aconsejados por Palma cedieron sus valores a diez por ciento de descuento, e hicieron autoridad en la Bolsa: se les sabía muy finos. Taillefer dio desde entonces trescientos mil francos a veinte por ciento, Martin Falleix

doscientos mil a quince por ciento. ¡Gigonnet adivinó el golpe! Calentó el pánico a fin de procurarse papel Nucingen para ganar algún dos o tres por ciento cediéndolo a Werbrust. Avista, en un rincón de la Bolsa, al pobre Matifat, que tenía trescientos mil francos en casa de Nucingen. El droguero, pálido y lívido, no vio sin estremecerse al terrible Gigonnet, el descontante de su antiguo barrio, viniendo hacia él para serrarlo en dos.

—«Va mal, la crisis se dibuja, ¡Nucingen arregla! Pero eso no le concierne, padre Matifat, usted está retirado de los negocios».

—«¡Pues bien!, se equivoca, Gigonnet, estoy pillado en trescientos mil francos con los que quería operar sobre las rentas de España».

—«Están salvados, las rentas de España le habrían devorado todo, mientras que yo le daré algo de su cuenta en casa de Nucingen, como cincuenta por ciento».

—«Prefiero ver venir la liquidación —respondió Matifat—, jamás un banquero ha dado menos de cincuenta por ciento. ¡Ah! Si no se tratara más que de diez por ciento de pérdida», dijo el antiguo droguero.

—«¡Pues bien!, ¿quiere a quince?», dijo Gigonnet.

—«Me parece muy apresurado», dijo Matifat.

—«Buenas noches», dijo Gigonnet.

—«¿Quiere a doce?».

—«Sea», dijo Gigonnet.

Dos millones fueron recomprados por la noche y saldados en casa de Nucingen por du Tillet, por cuenta de esos tres socios fortuitos, que al día siguiente cobraron su prima.

La vieja, bonita, pequeña baronesa d'Aldrigger desayunaba con sus dos hijas y Godefroid, cuando Rastignac vino con aire diplomático a entablar la conversación sobre la crisis financiera. El barón de Nucingen tenía un vivo afecto por la familia d'Aldrigger, se había arreglado, en caso de desgracia, para cubrir la cuenta de la

baronesa con sus mejores valores, acciones en las minas de plomo argentífero; pero para la seguridad de la baronesa, ella debía rogarle emplear así los fondos.

—«Ese pobre Nucingen —dijo la baronesa—, ¿y qué le ocurre entonces?».

—«Está en Bélgica, su mujer pide una separación de bienes; pero ha ido a buscar recursos en casa de banqueros».

—«¡Dios mío, eso me recuerda a mi pobre marido! Querido señor de Rastignac, cómo debe dolerle, a usted tan ligado a esa casa».

—«Con tal de que todos los indiferentes estén a salvo, sus amigos serán recompensados más tarde, saldrá de esta, es un hombre hábil».

—«Un hombre honesto, sobre todo», dijo la baronesa.

Al cabo de un mes, la liquidación del pasivo de la casa Nucingen estaba operada, sin otros procedimientos que las cartas por las cuales cada uno pedía el empleo de su dinero en valores designados y sin otras formalidades por parte de las casas de banca que la entrega de los valores Nucingen contra las acciones que tomaban favor. Mientras du Tillet, Werbrust, Claparon, Gigonnet y algunas personas, que se creían finas, hacían volver del Extranjero con uno por ciento de prima el papel de la casa Nucingen, pues ganaban todavía al cambiarlo contra las acciones en alza, el rumor era tanto más grande en la plaza de París, cuanto que nadie tenía ya nada que temer. ¡Se parloteaba sobre Nucingen, se le examinaba, se le juzgaba, se encontraba medio de calumniarlo! ¡Su lujo, sus empresas! Cuando un hombre hace tanto, se hunde, etc. En lo más fuerte de este *tutti*, algunas personas quedaron muy asombradas al recibir cartas de Ginebra, de Basilea, de Milán, de Nápoles, de Génova, de Marsella, de Londres, en las cuales sus corresponsales anunciaban, no sin asombro, que se les ofrecía un uno por ciento de prima del papel de Nucingen de quien ellas les comunicaban la quiebra.

—«Pasa algo», dijeron los Linceos.

El Tribunal había pronunciado la separación de bienes entre Nucingen y su mujer. La cuestión se complicó mucho más todavía: los periódicos anunciaron el regreso del señor barón de Nucingen, el cual había ido a entenderse con un célebre industrial de Bélgica, para la explotación de antiguas minas de carbón de tierra, entonces en crisis, las fosas de los bosques de Bossut. El barón reapareció en la Bolsa, sin siquiera tomarse la molestia de desmentir los rumores calumniosos que habían circulado sobre su casa, desdeñó reclamar por la vía de los periódicos, compró por dos millones una magnífica propiedad a las puertas de París. Seis semanas después, el periódico de Burdeos anunció la entrada en el río de dos barcos cargados, por cuenta de la casa Nucingen, de metales cuyo valor era de siete millones.

Palma, Werbrust y du Tillet comprendieron que la jugada estaba hecha, pero fueron los únicos en comprenderlo. Esos colegiales estudiaron la puesta en escena de este *puff* financiero, reconocieron que estaba preparado desde hacía once meses, y proclamaron a Nucingen el más grande financiero europeo. Rastignac no comprendió nada, pero había ganado cuatrocientos mil francos que Nucingen le había dejado esquilar sobre las ovejas parisinas, y con los cuales ha dotado a sus dos hermanas. D'Aiglemont, advertido por su primo Beaudenord, había venido a suplicar a Rastignac que aceptara diez por ciento de su millón, si le hacía obtener el empleo del millón en acciones sobre un canal que está todavía por hacer, pues Nucingen ha enrollado tan bien al Gobierno en ese asunto que los concesionarios del canal tienen interés en no acabarlo. Charles Grandet imploró al amante de Delphine que le hiciera cambiar su dinero contra acciones. En fin, Rastignac ha jugado durante diez días el papel de Law suplicado por las más bonitas duquesas de darles acciones, y hoy el muchacho puede tener cuarenta mil libras de renta cuyo origen viene de las acciones en las minas de plomo argentífero.

—Si todo el mundo gana, ¿quién ha perdido entonces? —dijo Finot.

—Conclusión —repuso Bixiou—. Atraídos por el pseudo-dividendo que cobraron algunos meses después del cambio de su dinero contra las acciones, el marqués d'Aiglemont y Beaudenord las guardaron (os los pongo por todos los demás), tenían tres por ciento más de sus capitales, cantaron las alabanzas de Nucingen, y lo defendieron en el momento mismo en que fue sospechoso de suspender sus pagos. Godefroid se casó con su querida Isaure, y recibió por cien mil francos de acciones en las minas. Con ocasión de este matrimonio, los Nucingen dieron un baile cuya magnificencia sobrepasó la idea que se tenía. Delphine ofreció a la joven casada un encantador aderezo en rubíes. Isaure bailó, ya no como muchacha, sino como mujer feliz. La pequeña baronesa fue más que nunca pastora de los Alpes. Malvina, la mujer de *¿Habéis visto en Barcelona?* oyó en medio de este baile a du Tillet aconsejándole secamente ser la señora Desroches. Desroches, calentado por los Nucingen, por Rastignac, trató de negociar los asuntos de interés; pero a las primeras palabras de acciones de las minas dadas en dote, rompió, y se volvió hacia los Matifat. En la calle del Cherche-Midi, el procurador encontró las malditas acciones sobre los canales que Gigonnet había endosado a Matifat en lugar de darle dinero. Ya ves a Desroches encontrando el rastrillo de Nucingen sobre las dos dotes a las que había apuntado.

Las catástrofes no se hicieron esperar. La sociedad Claparon hizo demasiados negocios, hubo atasco, cesó de pagar los intereses y de dar dividendos, aunque sus operaciones fueran excelentes. Esta desgracia se combinó con los acontecimientos de 1827. En 1829, Claparon era demasiado conocido por ser el hombre de paja de esos dos colosos, y rodó de su pedestal a tierra. De mil doscientos cincuenta francos, las acciones cayeron a cuatrocientos francos, aunque valieran intrínsecamente seiscientos francos. Nucingen, que conocía su precio intrínseco, recompró. La pequeña baronesa d'Aldrigger había vendido sus acciones en las minas que no reportaban nada, y Godefroid vendió las de su mujer por la misma razón. Al igual que la baronesa, Beaudenord había cambiado sus acciones de minas contra las acciones de la sociedad Claparon. Sus

deudas les forzaron a vender en plena baja. De lo que les representaba setecientos mil francos, tuvieron doscientos treinta mil francos. Hicieron su colada, y el resto fue prudentemente colocado en el tres por ciento a 75. Godefroid, tan feliz muchacho, sin preocupaciones, que no tenía más que dejarse vivir, se vio cargado con una mujercita tonta como una oca, incapaz de soportar el infortunio, pues al cabo de seis meses se había dado cuenta del cambio del objeto amado en volátil; y, además, está cargado con una suegra sin pan que sueña con vestidos. Las dos familias se han reunido para poder existir. Godefroid se vio obligado a llegar a hacer actuar todas sus protecciones enfriadas para tener una plaza de mil escudos en el Ministerio de Hacienda. ¿Los amigos?... en las Aguas. ¿Los parientes?... asombrados, prometiendo: «¡Cómo, querido, pero cuenta conmigo! ¡Pobre muchacho!».

Olvidado netamente un cuarto de hora después. Beaudenord debió su plaza a la influencia de Nucingen y de Vandenesse.

Esta gente tan estimable y tan desgraciada se aloja hoy, en la calle del Mont-Thabor, en un tercer piso por encima del entresuelo. La bisnieta perla de los Adolphus, Malvina, no posee nada, da lecciones de piano para no ser una carga para su cuñado. Negra, alta, delgada, seca, se parece a una momia escapada de casa de Passalacqua que corre a pie por París. En 1830, Beaudenord perdió su plaza, y su mujer le dio un cuarto hijo. ¡Ocho amos y dos domésticos (Wirth y su mujer)! Dinero: ocho mil libras de rentas. Las minas dan hoy dividendos tan considerables que la acción de mil francos vale mil francos de renta. Rastignac y la señora de Nucingen compraron las acciones vendidas por Godefroid y por la baronesa. Nucingen ha sido creado par de Francia por la Revolución de Julio, y gran oficial de la Legión de Honor. Aunque no ha liquidado después de 1830, tiene, se dice, de dieciséis a dieciocho millones de fortuna. Seguro de las Ordenanzas de julio, había vendido todos sus fondos y vuelto a invertir audazmente cuando el tres por ciento estuvo a 45, hizo creer en Palacio que era por devoción, ¡y en ese tiempo tragó, de concierto con du Tillet, tres millones a ese gran bribón de Philippe Bridau!

Últimamente, al pasar por la calle de Rivoli para ir al bosque de Boulogne, nuestro barón percibió bajo las arcadas a la baronesa d'Aldrigger. La pequeña vieja tenía una capota verde forrada de rosa, un vestido de flores, una mantilla, en fin era siempre y más que nunca pastora de los Alpes, pues no ha comprendido más las causas de su desgracia que las causas de su opulencia. Se apoyaba en la pobre Malvina, modelo de las devociones heroicas, que parecía ser la vieja madre, mientras que la baronesa parecía ser la joven hija; y Wirth las seguía con un paraguas en la mano.

—«Ahí esdán fuestras guentes —dijo el barón al señor Cointet, un ministro con el cual iba a pasear—, de quienes me ha sito imbosipla hacer su vorduna. La porrasca de los brincibios ha basato, rebolocad endonces a ese bobre Peautenord».

Beaudenord ha vuelto a Hacienda por los cuidados de Nucingen, a quien los d'Aldrigger alaban como un héroe de amistad, pues invita siempre a la pequeña pastora de los Alpes y a sus hijas a sus bailes. Es imposible a quienquiera que sea en el mundo demostrar cómo este hombre ha, por tres veces y sin fractura, querido robar al público enriquecido por él, a pesar de él. Nadie tiene reproches que hacerle. Quien viniera a decir que la alta Banca es a menudo un degolladero cometería la más insigne calumnia. Si los Efectos suben y bajan, si los valores aumentan y se deterioran, este flujo y reflujo es producido por un movimiento natural, atmosférico, en relación con la influencia de la luna, y el gran Arago es culpable de no dar ninguna teoría científica sobre este importante fenómeno. Resulta solamente de esto una verdad pecuniaria que no he visto escrita en ninguna parte...

—¿Cuál?

—El deudor es más fuerte que el acreedor.

—¡Oh! —dijo Blondet—, yo veo en lo que hemos dicho la paráfrasis de una frase de Montesquieu, en la cual ha concentrado el *Espíritu de las Leyes*.

—¿Qué? —dijo Finot.

—Las leyes son telas de araña a través de las cuales pasan las moscas grandes y donde se quedan las pequeñas.

—¿A dónde quieres llegar entonces? —dijo Finot a Blondet.

—¡Al gobierno absoluto, el único donde las empresas del Espíritu contra la Ley puedan ser reprimidas! Sí, la Arbitrariedad salva a los pueblos viniendo en socorro de la justicia, pues el derecho de gracia no tiene revés: el Rey, que puede indultar al banquero fraudulento, no devuelve nada al Accionista. La Legalidad mata a la Sociedad moderna.

—¡Haz comprender eso a los electores! —dijo Bixiou.

—Hay alguien que se ha encargado de ello.

—¿Quién?

—El Tiempo. Como ha dicho el obispo de León, si la libertad es antigua, la realeza es eterna: toda nación sana de espíritu volverá a ella bajo una forma o bajo otra.

—Vaya, había gente al lado —dijo Finot al oírnos salir.

—Siempre hay gente al lado —respondió Bixiou que debía estar avinado.

París, noviembre de 1837.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB